

EL EVANGELIO SEGÚN
JUAN

Gerald Nyenhuis

El Evangelio según San Juan

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Índice

Estudio 1 - INTRODUCCIÓN Y PRÓLOGO

Estudio 2 - PRÓLOGO segunda parte

Estudio 3 - TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTIZADOR

Estudio 4 - EL BAUTIZO DE JESÚS Y EL LLAMAMIENTO A SUS
DISCÍPULOS

Estudio 5 - LA CONVERSIÓN DEL AGUA EN VINO

Estudio 6 - LA PURIFICACIÓN DEL TEMPLO

Estudio 7 - EL TEMPLO & JESÚS Y NICODEMO

Estudio 8 - JESÚS Y NICODEMO segunda parte

Estudio 9 - JESÚS Y NICODEMO tercera parte

Estudio 10 - JESÚS Y NICODEMO cuarta parte & DISCURSO FINAL
DE JUAN

Estudio 11 - LOS DOS MAESTROS-LA MUJER SAMARITANA

Estudio 12 - LA SAMARITANA

Estudio 13 - EL OFICIAL DEL REY

Estudio 14 - EL PARALÍTICO

Estudio 15 - JESÚS Y EL PADRE

Estudio 16 - ALIMENTACIÓN DE 5000

Estudio 17 - LA OBRA DE DIOS

Estudio 18 - EL PAN DEL CIELO

Estudio 19 - EL PAN DE VIDA



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 1 INTRODUCCIÓN & PRÓLOGO

Lectura bíblica: Juan 1: 1-18

El inicio del estudio del Evangelio de Juan (podemos decir, “San Juan”) siempre es un evento especial. Es el Evangelio predilecto de muchos creyentes, y es muy atractivo también

para los que todavía no lo son. Tiene un estilo muy especial, casi poético, fácil de leer, pero muy profundo en sentido, tal como suelen ser los escritos poéticos. El lenguaje mismo, y el empleo de este lenguaje, nos atraen y nos provocan cierto placer estético, casi siempre tenemos la sensación de que hay mucho más en sus palabras, mucho más de lo que captamos en una sola y superficial lectura.

Tal vez por la belleza y aparente sencillez del lenguaje, este Evangelio es el favorito de los que quieren comunicar las verdades del evangelio*¹ a otras personas. Esta selección siempre sorprende un poco, porque los que hemos leído este Evangelio ya varias veces, a través de varios años, sabemos de la profundidad de pensamiento en el libro. Pero, por otro lado, aun lo insondable de su enseñanza nos atrae. Sentimos, casi inconscientemente, lo significativo de lo que nos dice.

La riqueza y hondura, en sí mismas, nos motivan a poner atención a todo lo escrito en este evangelio. A veces tenemos que desglosar las frases y las palabras detenidamente, con mucho cuidado y atención para descubrir todo el sentido de las enseñanzas que se hallan subyacentes en este libro. Sin embargo, el esfuerzo está bien premiado, y salimos satisfechos de la tarea.

Las líneas que aquí escribimos no forman un “Comentario”, en el sentido técnico de la palabra. Hay muchos y buenos “Comentarios” sobre el Evangelio de Juan. Haremos referencia a algunos de ellos. Son estudios eruditos, completos y profundos. Casi todos son escritos por personas muy

¹ Usamos la palabra “evangelio”, sin mayúscula, cuando hablamos del mensaje; pero escribimos “Evangelio”, con mayúscula, cuando hablamos de los cuatro libros llamados “Evangelios”: Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

especializadas en sus conocimientos, en griego, en lingüística, pensamiento bíblico, historia, teología, etc.

Desafortunadamente no son tantos los publicados en español como los hay en otros idiomas. Sin embargo, tenemos por lo menos uno muy bueno en castellano. Este es el comentario de Guillermo Hendriksen, publicado por editorial “Desafío”. Es altamente recomendado, y será un buen compañero para estos estudios.

Estas lecciones son, más bien, ayuda para el lector. El autor piensa primordialmente en pequeños grupos de personas que estudian juntos el Evangelio de Juan. Se debe leer juntos, los que hacen el estudio, el texto del Evangelio de Juan, preferentemente la versión de 1960 de las “Sociedades Bíblicas en América Latina”

El Evangelio de Juan tiene un aspecto muy diferente al el de los otros tres Evangelios. Los otros tres –Mateo, Marcos y Lucas— son muy semejantes entre sí. Por eso los llaman los Evangelios “sinópticos”, que quiere decir algo así como “del mismo punto de vista”. Los Evangelios “sinópticos” fueron escritos como una generación antes del Evangelio de Juan. El Evangelio de Juan, entonces, fue escrito para la segunda generación de cristianos, o para los que antes habían oído algo acerca del evangelio, de la historia de Jesús, y del movimiento que llevaba su nombre.

Por eso, Juan repite muy poco de lo que está en los otros Evangelios. Repite solamente algo de la crucifixión, muerte y resurrección de Jesús, y aun en estos casos presenta información nueva. Da por sentado que sus lectores hayan leído o, por lo menos, hayan oído algo de los otros evangelios. Las preguntas que responde son diferentes a las que atienden los otros evangelistas, ya que la gente hacía otras preguntas ahora acerca de Jesús y su ministerio. No es la primera vez que oyen

mencionar su nombre. Los que leen o que oyen leer el Evangelio de Juan son muy diferentes a los que leyeron u oyeron leer los otros Evangelios.

El autor, el apóstol Juan, quien quizá era el más joven de los apóstoles, ya es mucho más viejo, pues es un hombre muy maduro. La primera generación de cristianos oyó el evangelio entre los años 30 y 40 AD, y cuando todos los discípulos empezaron su trabajo y eran relativamente jóvenes. Ahora Juan tendrá, tal vez, unos 80 años, y los primeros cristianos (que van a leer su libro) tendrán más o menos el mismo número de años. Después de pensar y reflexionar por una generación (unos 30 o más años), después de defender sus creencias fundadas en el evangelio por todo este tiempo, sus enfoques, sus convicciones y dudas serán diferentes. El Evangelio de Juan tendría que estar (como diríamos hoy en día) “sintonizado” en una frecuencia diferente.

Al mismo tiempo, no podemos leer (y entender) a Juan sin hacer referencia a los otros evangelios. La lectura de Juan presupone esto. Juan lo espera. Hace referencia constante a los otros Evangelios.

EL PRÓLOGO DE JUAN

Juan mismo nos da un prólogo a su Evangelio. Es mucho más que un “prefacio”. En estos 18 versículos, Juan nos da una explicación (o explanación) de todo lo que dirá, desde versículo 19 del primer capítulo hasta el último versículo del capítulo 21. Todo lo que dirá está implícito ya en el prólogo. Lo que sigue lo hará explícito. El prólogo nos dará el enfoque con que hemos de entender lo que dice. Por supuesto, Juan va a hablar de Jesús. En el prólogo nos da el enfoque que necesitamos para percibir el verdadero Jesús. Si no tenemos este enfoque, sin esta óptica, no lo vamos a ver en toda su grandeza y significación.

Un tema de suma importancia en todos los Evangelios es ¿Quién es Jesús? Los sinópticos reportan las veces que los discípulos, los fariseos y la gente en general preguntaron ¿Quién es éste? Juan empieza con esta identificación. Lo dice sencilla y claramente: Él es el *logos*, el Verbo, la Palabra, lo Dicho, la Revelación, la Razón, la Lógica, la Sabiduría, etc., etc., es decir, el sentido profundo de todas las cosas, incluyendo la Vida, la Historia, y la Verdad. La gramática es sencilla y no hay duda en cuanto a los vocablos, sin embargo, el sentido profundo se nos escapa.

Además, en el contexto vemos que este “Verbo” es persona: pues, es y hace. No es que existiera solamente desde el comienzo, meramente desde el principio, sino antes del principio. Dice Juan, “En el principio era (ya) el Verbo. Cuando todas las cosas empezaron, el Verbo ya era. La idea en la lengua original es “en el principio ya *había* el Verbo”. Cuando hubo principio ya estaba. La referencia a la creación en el versículo 3 da énfasis a esta idea. Por decirlo así: cuando no había aun nada, ya había el Verbo. Todo depende de Él; es el responsable de la existencia de todo y por eso, aunque no se puede hablar de “antes” o “después” en la eternidad, Juan muestra, con sus palabras, una esencial “prioridad” (que no es simplemente una “previdencia”) sobre todas las cosas. El lenguaje, que es un aspecto de la creación, se tiene que extender más allá de sus propias capacidades para decir lo indecible.

Y el Verbo era Dios, cuando el principio llegó a *ser*, pues el principio es el principio de las cosas, cuando el Verbo ya *era con* Dios. Aquí los traductores tomaron una difícil decisión: usaron *ser* en lugar de *estar*. No dijeron “Éste...*estaba* con Dios”, sino “Éste...*era* con Dios”. Podemos decir que se habla de una “existencia compartida”. El Verbo no puede ser desasociado de Dios. Con Dios existía el Verbo en esta prioridad esencial, ya que ser con Dios era su esencial existencia. Los que sabemos, por el resto de la Biblia, que Dios es trino, es decir, una tri- unidad, vemos en esta expresión una alusión a la Trinidad. En este contexto, Juan afirma la pre-existencia del Verbo, esto es, del Cristo.

Luego, Juan, el apóstol, hace referencia a Juan, el bautista, como testigo de la verdad primordial en este prólogo: que el Verbo, pre-existente, vino a ocupar su lugar dentro de la creación. Aquí notamos el tema principal del prólogo: la encarnación del Verbo. Juan afirma la realidad de la naturaleza humana de Jesús el Cristo, el eterno y pre-existente Verbo.

La encarnación verdadera, la doble naturaleza, de nuestro Salvador es un tema afirmado aquí y subyacente en todo el libro. Si no vemos al Verbo pre-existente y encarnado, no vemos el verdadero Mesías, eterno Dios y verdadero hombre. *Esto merece más estudio, y lo haremos en la siguiente lección.*



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 2 PRÓLOGO

Segunda parte

Lectura bíblica: Juan 1: 1-18

Esta es nuestra segunda lección sobre el Evangelio de Juan, también la segunda sobre el prólogo a este mismo evangelio. Ya hemos notado que el estudio de este prólogo

es esencial para el entendimiento de todo el libro. En este prólogo, el evangelista Juan nos da el enfoque de todo el libro. Allí están los supuestos que subyacen en su presentación y la orientación necesaria para que nosotros podamos entender la profundidad de su mensaje. El entender el prólogo es un paso gigantesco para la comprensión de todo el libro.

VISTO DESDE LA ETERNIDAD

La perspectiva del libro es la eternidad. No empezó en Nazaret o Belén (Mateo y Lucas), tampoco en la profecía de Isaías (Marcos), sino antes de todas las cosas, en la eternidad misma. Esto podemos verlo desde las primeras palabras: “en el principio” que son las mismas palabras con que la Biblia empieza, en Génesis 1:1. El efecto deseado es que la mente vuele a la idea de la creación. Los versículos del 3 al 5 confirman esto, ya que hace referencia a la creación, y la actividad del Verbo en la creación. El uso de las palabras “vida” y “luz” refuerzan el concepto.

El evento a que se hace referencia en el versículo 14 nos hace pensar, entonces, que aquí se trata con algo que tendrá sus repercusiones en toda la creación y en la historia continuada de la creación. Pero, ahora, Juan está pensando en un nuevo comienzo, en empezar de nuevo, en una nueva creación. Emplea palabras y frases, entonces, que hacen que el lector piense en la creación para contextualizar en la primera creación la introducción de la nueva creación. La nueva creación da vida y luz en medio de una creación que anda en las tinieblas. La primera creación es dónde se lleva a cabo la nueva creación. No debemos pensar que la nueva creación anula la primer creación; más bien la transforma y la redime.

Es el Verbo, por quien todas las cosas fueron hechas, quien fue hecho carne y habitó entre nosotros. En Él está la vida, y la

Vida es la luz de los hombres. “*En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció*” (v. 10).

La ilustración de la luz y las tinieblas nos instruye y nos da esperanza. Él (el Verbo) hace cambios radicales, ya que las tinieblas no pueden apagar la luz. Donde está la luz no pueden seguir existiendo las tinieblas. El evangelista Juan lo dice como un hecho ya logrado: “las tinieblas no prevalecieron contra ella” (la luz).

EL MINISTERIO DE JUAN EL BAUTIZADOR

Tenemos que decir “Juan el Bautizador” ya que nunca fue bautista, pero sí bautizaba. Hacemos la distinción porque no debemos confundir el evangelista Juan con el Bautizador Juan, y aquí, en el estudio del Evangelio de Juan es importante saber de cuál Juan estamos hablando.

Las palabras que encontramos en los versículos 6 al 8 son una abrupta introducción al testimonio de Juan Bautizador. Más tarde, en este mismo capítulo, los versículos del 29 al 34 Juan Evangelista regresa al tema de Juan Bautizador. En este momento, Juan Evangelista quiere hacer resaltar que no se debe confundir Juan Bautizador con el Verbo. No nos ha dado todavía el nombre humano del Verbo, pero quiere que sepamos que su nombre no era Juan Bautizador. Cuando el evangelista Juan escribe estas palabras, el bautizador Juan había sido decapitado por Herodes, unos 50 años antes. Luego, el mismo Herodes había confundido a Juan con Jesús --o Jesús con Juan-- (cf. Mateo 14:1). Cuando Jesús preguntaba a sus discípulos acerca de quién pensaban las gentes que Jesús era, ellos dijeron, “unos (piensan) que Juan el bautista” (cf. Mateo 16:14; Marcos 8:28; Lucas 9:19). Parece que, en la mente popular de los incrédulos, había esta idea, y el evangelista Juan quiere acabar de una vez para siempre esta noción falsa. Por eso escribe: “No

era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz” (v.8). Tenemos que notar que el texto dice: testimonio *de* la luz, y no testimonio *a* la luz. Juan fue “enviado de Dios” (v.6). Su testimonio entonces fue el testimonio de Aquel que le envió. El testimonio de Juan es el testimonio que el Verbo le dio, entonces, Juan dio testimonio *de* la luz.

LA LUZ VERDADERA

La verdadera luz, que no era Juan Bautizador, *venía* al mundo (v.9). *Venía* = estaba viniendo. Cuando Juan bautizador daba su testimonio, la Luz ya venía. Hay que notar la simultaneidad de las dos actividades: la de venir y la de dar testimonio. La luz que venía era la verdadera luz. Cada vez que se afirma que una cosa es la verdadera, se afirma, a la vez, que las otras no lo son. El versículo 9 se conecta con el v. 5, ya que, como hemos visto, Juan el evangelista quería dejar bien claro que Juan el bautizador no era la luz.

Tenemos que notar que entre los versículos 5 y 9, hay un cambio de tiempo en el verbo, del pasado al presente. La luz verdadera alumbra. Esto es lo que la luz está haciendo. Hasta aquí Juan ha empleado exclusivamente el pasado, ahora emplea el presente también, y el futuro. Cuando Juan, el evangelista, escribe la luz ya está en el mundo, y este hecho cambiará las cosas.

Es claro también que Juan, el evangelista, escribió estas líneas después del ministerio de Jesús, y a la luz de este ministerio. Sabe toda la historia. Jesús vino al mundo. Aquí andaba y enseñaba, aquí Jesús se revelaba. El mundo no tenía la capacidad de reconocerlo, atrapado en su ignorancia y rebeldía no le conoció. Solamente los ciegos, andando en la oscuridad, no pueden ver la luz, aunque la luz alumbra a todos. Esta ceguera es el efecto negativo noético del pecado. Este mundo, hecho por Él, no le conoció.

Jesús vino a los suyos, al mismo pueblo de Dios. Aunque le deben haber recibido, ya que (supuestamente) le esperaban, su propio pueblo fue contagiado con la enfermedad del mundo y andaba igualmente ciego. No le recibieron. La luz vino al mundo y no fue recibida en el mundo. La encarnación entonces fue una invasión en territorio enemigo.

Sin embargo, su presencia fue decisiva. Hay una gran diferencia entre los que le reconocieron y le recibieron y los que no lo hicieron. A los que creyeron en su nombre, a ellos les dio *potestad* de ser hechos *hijos de Dios*. La palabra “*potestad*”, que Juan usa aquí, es importante ya que no quiere decir solamente poder, capacidad, potencia, fuerza, etc., ni tampoco solamente

autoridad, soberanía y legalidad, sino todos estos sentidos en un conjunto de sentidos. Esta palabra es importante en los Evangelios, ya que se reporta frecuentemente que la gente preguntaba con qué autoridad hacía sus actos.

Los que reciben a Jesús reciben la “potestad” de ser hechos hijos de Dios. No es algo que ellos pueden hacer; serán hechos hijos de Dios pero no “se hacen” hijos de Dios a sí mismos. Más bien son engendrados, pero no en las formas y por los métodos del mundo. Son engendrados “no de la sangre”, no de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. (Hablabamos más sobre esto en nuestro estudio de este Evangelio).

Este “Verbo”, ya que seguimos hablando de Él, quien fue hecho carne: lo vimos, Juan, el evangelista, fue uno de ellos, y Juan, el bautizador, lo identificó públicamente. También deja muy claro que el Verbo es infinitamente más que Juan el bautizador. De este hecho, de esta “plenitud” todos tomamos, gracia sobre gracia.

Todavía no entendemos esto. Hasta aquellos tiempos se había pensado que la plenitud de gracia llegó con la ley, dada por Moisés. El evangelista aquí hace una distinción entre Moisés y Jesucristo (el Verbo). Aquí, en el versículo 17 encontramos por primera vez en este Evangelio, el nombre “Jesucristo” (que en griego es “Jesús el Cristo”).

Jesucristo, el Verbo, la Luz, quien ya (resucitado y ascendido) está en el seno del Padre, y por medio de Él vamos a conocer a Dios. El Verbo, “la Luz”, es la verdadera revelación de Dios. En Él conocemos a Dios.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 3

TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTIZADOR

Lectura bíblica: Juan 1: 6-8, 15, 19-28.

El evangelista Juan había mencionado antes al bautizador Juan, a quien conocemos como “Juan el Bautista”. Ahora bien, por volver a mencionarlo, y por el espacio que el evangelista Juan

le da al ministerio de Juan el Bautista, sabemos que el autor de este Evangelio estima de mucha importancia este ministerio. En la lección de hoy, queremos descubrir esta importancia.

EL TESTIMONIO DE JUAN EL BAUTIZADOR

Juan el evangelista, entrando ya de lleno en su Evangelio, después del prólogo, empieza con las palabras “Este es el testimonio de Juan...”. Es como la introducción principal al *tema central* de este libro. Si esta afirmación es verídica, entonces el tema central de este evangelio tiene que ver con ¿Quién es Jesús? Este es el tema *central*, pero no el único tema. El relato sobre Juan Bautista es la introducción al tema central, no al libro en su totalidad; la introducción a *todo el* Evangelio de Juan es el *Prefacio*, que ya hemos estudiado, y que hallamos en los versículos del 1 al 18. Allí encontramos la verdad sobresaliente, que es la médula misma de todo el libro: “*AQUEL VERBO FUE HECHO CARNE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS*” (v.14). Ahí vemos cómo el prefacio general y ésta introducción específica están bien encajados. Caben perfectamente.

La predicación de Juan evidentemente llamó la atención del público. Ese dato merece atención, porque el testimonio de Juan era esencialmente negativo. Fuertemente proclamaba quién no era él. Además, Juan llama la atención sobre esto. Hay que notar como lo dice: “Confesó, y no negó, sino confesó. Es casi como si Juan dijera: “Si acaso ustedes se lo están preguntando, yo no soy el ungido, el Mesías, el Cristo”. Obviamente había algo en la predicación de Juan y en la mente de los judíos de aquel entonces que les hacía pensar en esta posibilidad.

Más raro todavía es que los “judíos” de Jerusalén *enviaran* sacerdotes y levitas a investigar el caso. (Luego, en versículo 24, aprendemos que estos “judíos” eran los fariseos, que fueron

enviados a preguntar: ¿Quién eres?) La *esperanza mesiánica* de todo el Antiguo Testamento, y especialmente de los profetas, se había vuelto en una *expectación mesiánica*. Los líderes, principalmente los fariseos, eran especialmente sensibles a estos sentimientos. No cabe duda: la esperanza mesiánica era el ingrediente principal en la fe del verdadero pueblo de Dios, a través de todo el Antiguo Testamento.

Parte de esta esperanza era la profecía de la vuelta del profeta Elías (Malaquías 4:5). Por eso, la pregunta: ¿eres tú Elías? En las “escuelas sabaticales” de aquel entonces, todos los niños aprendieron la historia de Elías y su viaje al cielo (cf. II Reyes 2:1-14). Elías tenía la fama de ser el más grande y el verdadero tipo o modelo de profeta en Israel. Popularmente, el “Reino del Mesías”, el restablecimiento del trono de David, se iniciaría con el literal, verdadero, auténtico y físico regreso del mismo Elías, con el mismo carro y los mismos caballos, y también con torbellino (II Reyes 2:11). (En el texto griego del LXX, la septuaginta, en Malaquías el texto dice “Elías el Tisbita”, cf. I Reyes 17:1). Además, el hecho de que Elías hubiera sido llevado al cielo sin morir propiciaba la idea de que regresaría físicamente.

Juan respondió a la pregunta en el sentido de la enseñanza de los fariseos y la opinión popular. Afirmaba que no era éste Elías y que no venía en el sentido de las expectativas de ellos. Esto no niega la profecía acerca de Juan Bautista, en Lucas 1:17, de que vendría en “el espíritu y poder de Elías”.

Juan emplea otra profecía para explicar quién es. Dice que es “la voz de uno que clama en el desierto” (Isaías 40:3). Tenemos que entender la palabra “voz” en contraste con la palabra “VERBO”. Juan es una señal que indica, un signo que apunta; él no es el mensaje, sino es la voz que lleva el mensaje. Es la voz

de un solo mensaje, siempre canta la misma nota; su trabajo es señalar quién es el verdadero mensajero, y el mensaje mismo, ya que el señalado es Él, es a quién si lo vemos, vemos al Padre.

Las palabras que Juan cita para identificarse vienen, como hemos notado, del profeta Isaías, capítulo 40, especialmente el versículo 3, pero todo el capítulo viene al caso, más notablemente los primeros 11 versículos. Este capítulo fue entendido por todos, en aquel tiempo, como una profecía mesiánica, y además formaba una parte singular de la enseñanza de los fariseos. Por eso el Evangelista Juan comenta: “¡y los que habían sido enviados eran de los fariseos!”. En la cara de ellos, Juan afirmaba ser el cumplimiento de la profecía. Con estas palabras, en cuanto a los fariseos, Juan se puso al borde de la herejía. Para nosotros es una confirmación de la providencia de Dios, revelada de una manera especial en los tiempos de la navidad.

Por eso, los fariseos preguntaban a Juan Bautista: si no eres el Cristo, y si no eres Elías, ni el profeta, entonces ¿por qué, pues, bautizas? El bautismo no era una nueva práctica, no era una práctica inventada por Juan Bautista, muchos lo hacían antes, tanto en el judaísmo como en otras religiones. Especialmente lo usaban los judíos cuando alguien se hacía judío como convertido. Los varones eran circuncidados y toda la familia, varones y mujeres, por no ser judíos, era necesario que se purificaran por el bautismo como parte del proceso de hacerse judíos, para quitarles la contaminación de ser gentiles, a fin de que pudieran comer con los judíos (cf. Mat. 9:11; Marcos 2:16; Lucas 5:30; Gálatas 2: 11-12).

La razón de la pregunta era que Juan Bautista practicaba este rito con los judíos, quienes no lo necesitaban; Sobre todo si no afirmaba ser ni el Mesías (Cristo), ni Elías. En base a Ezequiel 36: 25; Zacarías 13:1 (y otros textos), algunos fariseos y otros judíos esperaban que hubiera un bautismo particular al inicio de la época mesiánica. Pero esto, por supuesto, no podía ser el caso fuera de la estructura o jerarquía oficial del judaísmo del tiempo.

Hay que recordar que en aquel entonces el bautismo era realizado con el derramamiento o rocío agua en forma ritual para reconocer contaminación simbólica (como una confesión) y la necesidad de purificación (ritual). Por eso, los judíos “bautizaban” sus manos antes de comer, aunque Jesús no lo hacía. En el griego de Lucas 11:38, dice que los fariseos se extrañaron de que Jesús no *bautizaba* (así es la palabra en el griego del Nuevo Testamento) sus manos antes de comer. En este rito, en las casas que tenían sirvientes, el sirviente

derramaba el agua sobre las manos. Si no había sirviente, entonces (según Edersheim, que cita al *Talmud Babilónico*, en su *Vida y Tiempos de Jesús el Mesías*) uno podía sacar agua con una mano y echar esta agua sobre la otra. Esto era “bautizar con agua”. Yo, dice Juan Bautista, bautizo con agua.

De inmediato, Juan Bautista desvía la atención puesta sobre él para dirigirla hacia el que le sigue, de quien da testimonio. El bautismo del Cristo no será de este tipo común de observancia ritual. Esto lo sabemos por los Evangelios sinópticos, y parece que Juan el evangelista da por sentado que sus lectores, como nosotros, sabemos que va a ser “en el Espíritu Santo y con fuego (Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16).

Debemos mencionar aquí que el bautismo de Juan fue una de las “abluciones” del Antiguo Testamento, y no es el bautismo cristiano. Esto queda muy claro en Hechos 19:3-5, dónde leemos que Pablo bautizó de nuevo a los que fueron bautizados con el “bautismo de Juan”. El bautismo de Juan no fue el bautismo cristiano.

El testimonio de Juan Bautista era que vendría uno después de él, quien es mucho, pero muchísimo más grande que él. Para ilustrarlo usa el ejemplo de la tarea más servil y baja de un siervo y afirma que la diferencia entre Juan y el Cristo que presentará es aun increíblemente más grande.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 4

EL BAUTIZO DE JESÚS Y EL LLAMAMIENTO A SUS DISCIPULOS

Lectura bíblica: Juan 1: 29-51

El mismo evangelista Juan divide su relato en dos partes. Notamos esto por el hecho de que el texto sugiere que pasó algún tiempo,

Los sacerdotes y levitas que fueron enviados para preguntar (v.19) sabían bien el contenido de estos textos y las connotaciones de la frase “cordero de Dios”.

cuando dice: “el día siguiente...”.

Hoy en día, al escribir, iniciaríamos un nuevo párrafo, pero en aquel entonces no usaban párrafos, más bien empleaban frases como ésta para indicar que hacían una división.

El foco de atención cambia, ya no es Juan el Bautista, ni quién es él, más bien ahora el enfoque está en “el que venía después de él (vv. 27, 30). Lo señala y le da un nombre, título e identificación; lo llama “el Cordero de Dios”. Luego, señala su importancia: es “el que quita el pecado del mundo”, que se puede también traducir como “que se cargó con los pecados del mundo”.

En el sacrificio, en el Antiguo Testamento y todavía en la práctica de los judíos en el tiempo de los dos Juanes (el evangelista y el bautista), el animal sacrificado cargaba los pecados del sacrificante. Si un animal fuera cargado con los pecados de cualquiera de nosotros, éste iría bien cargado.

El cordero era el animal más usado para los sacrificios. La frase “cordero de Dios” ha llegado a ser una de las expresiones más empleadas para hablar del significado del sacrificio. En primer lugar está el cordero de la pascua (Éxodo 12:1-13, 21-28). Luego, el cordero expiatorio (Isaías 53:6-7). También se habla del cordero de los sacrificios cotidianos (Éxodo 29: 38-46). En Génesis 22:7, Isaac pregunta por el cordero, aunque algunos lingüistas insisten en que el carnero provisto por Dios no podía ser un cordero (ya que el carnero es más maduro), Isaac claramente pensaba en el animal de sacrificio, no cabe duda de que fue un animal aceptable para el sacrificio. Ver también Levítico 14: 10-26ss., Números 6:12 y 14 (y en v. 17 aparentemente se emplea la palabra “carnero” para hablar del mismo animal. Hay muchos textos más que hablan del cordero en relación con el sacrificio, con el pecado y con la culpabilidad.

El cordero era un animal considerado como el “portador-del-pecado”, un “cargapecados”. Cuando Juan aplica a Jesús este apelativo estaba aplicándole todas las connotaciones que eran la esencia del significado principal del cordero. Con este acto Juan identificó a Jesús con su propósito, el de ser el Sustituto, el Salvador, el Redentor, es decir, el Mesías. Pero ya en un papel no tan usual del significado del Mesías, un aspecto del Mesías no muy aceptado entre los fariseos y por muchos de los líderes de los judíos en aquel entonces.

Juan Bautista funciona aquí como un verdadero profeta, al estilo del Antiguo Testamento. De hecho su estilo está muy de acuerdo con el de ellos, como también su mensaje. Aunque el aspecto del “siervo sufrido”, especialmente de Isaías 52:13- 53:12, es prominente en la profecía, este aspecto no jugaba un papel importante en las expectativas mesiánicas en esos tiempos. Aun los discípulos de Jesús, más tarde, tenían dificultad para aceptarlo. Ni los sacerdotes, quienes trabajaban en esto, daban énfasis sobre este aspecto de la tarea del Mesías.

Juan Bautista sigue insistiendo en que éste es Aquél que anunciaba desde el principio. Juan mismo ha estado esperando al Mesías, y seguramente él sabía que lo estaba anunciando, pero hasta aquel momento no sabía quién era. Obviamente el bautismo era un factor importante en su manifestación, en su revelación. El bautismo está representado con mayor detalle en los Evangelios sinópticos, Juan simplemente hace mención del bautismo haciendo énfasis sobre la actuación del Espíritu Santo. Vuelve a insistir en que no sabía quién era el Mesías sino hasta que el Espíritu Santo lo identificó. El Espíritu le convenció que este era el que iría a bautizar con el Espíritu Santo.

Tenemos que notar que Juan el evangelista hace énfasis también en el énfasis de Juan Bautista: que él había venido para dar testimonio, para decir públicamente, a los sacerdotes y levitas y a todos los demás de que éste era el *enviado*. Ahora cambia el término “Cordero de Dios”, emplea más bien una designación más precisa, exacta y categórica: lo identifica correctamente como el Hijo de Dios.

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS DE JESÚS

Todos los evangelios, los sinópticos y Juan, ponen como una de las tareas principales del ministerio de Jesús la preparación de sus discípulos para el ministerio que ellos habrían de tener después de que Él terminara su visita en la tierra. Juan evangelista, igual que los otros evangelistas, después del prólogo y la introducción (que es el ministerio de Juan Bautista) entran en la orientación principal del ministerio de Jesús, que es el de llamar y preparar a los que habrían de asegurar la continuidad de su carrera terrenal. Luego, luego, Juan nos informa del pronto inicio de cumplimiento de su empresa. Según Juan evangelista, el inicio del ministerio de Jesús empezó tan pronto fue identificado como el Mesías por el mismo Juan Bautista. Mateo y Marcos hacen lo mismo, pero Lucas da otro énfasis al inicio del ministerio de Jesús. Lucas da más énfasis a la auto-identificación de Jesús en su ministerio, sin embargo, el tema principal se ve también en su Evangelio (5:27ss y 9:1).

Juan nos informa que, por lo menos, dos de los discípulos de Juan bautista llegaron a ser discípulos de Jesús (v.35). Y el mismo Juan bautista dirigió su atención a Jesús. Les dijo: “miren, es el Cordero de Dios”. Estos discípulos oyeron a Juan, y siguieron a Jesús. Sabían, por el testimonio de Juan, que era el Mesías, y se afiliaban con Él. .

Cuando Jesús notó que le seguían, les preguntó: ¿Qué buscan? La respuesta que dan no parece tener mucho sentido (para nosotros). Ellos responden a Jesús con otra pregunta: ¿Tú, dónde vives? Entonces Jesús responde: vengan a ver. Pero, esta conversación no es un sin sentido como, en principio, nos parece a nosotros.

Tenemos que recordar que estos dos varones eran discípulos, esto es, alumnos o estudiantes. El texto claramente identifica a estos como discípulos. Ellos se habían afiliado con Juan. Había cierto convenio entre ellos. En aquella cultura y en aquellos tiempos, a veces los alumnos daban una gratificación al maestro, como “colegiatura”, le sostenían, le daban comida y proveían otros servicios. Estos dos sabían dónde Juan daba sus clases, dónde era centro de sus actividades, y allí llegaban para

aprender y para participar con el maestro en sus actividades. Cuál era el sostén o servicio que rendían, no sabemos, quizá poco o nada, pero algún arreglo tenían, seguramente. No sabemos cómo Jesús fue sostenido, como ser humano en una cultura humana, concreta e histórica, pero es muy posible que tuviese un arreglo semejante al de Juan, y el de muchos otros maestros en aquel entonces. Podemos notar que algo semejante funcionaba en los tiempos de Pablo más tarde. Antes de estos tiempos, en tiempos de Sócrates y Platón, por ejemplo, había costumbres muy semejantes.

Cuando Jesús les dice a estos dos: Venid y ved, les llama, les “invita” a afiliarse con Él. Aquí no se especifican las condiciones. Uno de ellos se llamaba Andrés, el hermano de Pedro, y fue el instrumento para que Pedro se hiciera discípulo, aunque Pedro sufrió un cambio de nombre. Jesús llamó a Felipe, quien interesó a Natanael. Es seguro que el contexto de todo esto eran las esperanzas mesiánicas, ya que Natanael preguntó si algo bueno pudiera salir de Nazaret (pues sabía que el Mesías tendría que nacer en Belén [y no sabía que Jesús había nacido en Belén]). Jesús respondió a esta duda, revelando que conocía a Natanael desde antes. Con este dato Natanael hizo su profesión de fe (v.49). Vemos que su llamamiento tenía que ver con la soberana providencia de Dios, ya que los ángeles estuvieron involucrados.

Sabemos los nombres de cuatro de los primeros cinco discípulos, estos son: Andrés, Pedro, Felipe y Natanael. El texto no nos da el nombre del quinto. La fuerte sospecha es que este era Juan mismo, el autor de este Evangelio. El ministerio de Jesús era el de prepararlos para el ministerio, ya que dejaría los resultados de su obra en manos de los discípulos, preparados por Él.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 5

LA CONVERSIÓN DEL AGUA EN VINO

Lectura bíblica: Juan 2

En el pasaje que hoy estudiamos encontramos el muy conocido relato de la ocasión en la que Jesús convirtió el agua en vino.

No sabemos si es cierto,

pero se suele hablar de este evento como el primer milagro de Jesús. Podemos llamarlo un cuento, porque formalmente lo es en su estructura, pero no lo llamamos “cuento”, porque esta palabra deja la impresión que el relato es ficticio y no histórico, e insistimos en la historicidad del evento, aunque la forma en la que está escrito este relato, sea la de un cuento, no le quita nada de su carácter histórico, más bien hace resaltar los puntos esenciales.

Esto es importante, porque hoy en día, y desde hace mucho tiempo, se trata a esta porción de las Escrituras de otra manera. Dicen que es un tipo de chiste. En una boda, el vino se acabó. Jesús sugirió que se usara agua, y el maestro de ceremonias, siguiendo el juego, dijo que era el mejor vino de todos. Pero, Juan no es cuentista, sino un serio relator de la vida de Jesús. Según él mismo, todo lo que escribió en su Evangelio está escrito para que leyéndolo creyésemos que Jesús es el Cristo y que tuviéramos vida en su nombre (20: 30-31). De acuerdo con su propósito, no cabe lugar para anécdotas chistosas. Además, Juan mismo, en el mismo contexto, dice que este era “el principio de *señales*” (v. 11, -hay que notar la importancia de la palabra “*señales*”).

El relato (e insistimos, de nuevo, en que es un *relato histórico*) empieza con las palabras “al tercer día”. Nos llama la atención porque un día Juan dio su testimonio (1:19-28), luego siguen tres “siguientes días” (29, 35, 43) y ahora ¿otra vez? es el tercer día. Lo que tenemos que entender es que (en la forma de contar el tiempo en aquel entonces) era el tercer día desde que Jesús quería ir a Galilea (v.43). Donde Juan bautista bautizaba, en el Jordán, era bastante al sur de Galilea, donde Jesús con sus discípulos asistieron a la boda, en Cana. Cubrieron esta distancia caminando.

Seguramente había algún nexo social entre Jesús y la familia de los novios. La frase “y estaba allí la madre de Jesús” y [por ella] fueron invitados también Jesús y sus discípulos. Esta es la primera vez que se menciona la madre de Jesús en el evangelio de Juan, y parece que Juan la menciona para explicar la presencia de Jesús en la boda. Tenemos que notar la colocación de la palabra “también”. Está en el versículo 2; los que estuvieron allí “también” eran Jesús y sus discípulos. No es como algunos dicen, que la madre de Jesús también estuvo. La madre de Jesús estuvo presente, y “también” Jesús.

La providencia de Dios funciona de esta manera. Tiene que ver con todas las relaciones, nexos, eventos, aun las cosas más ordinarias de la vida: todo está en manos de Dios. La falta de vino era una preocupación para la madre de Jesús; seguramente no era solamente “una de las invitadas”, sino alguien que se sentía con alguna responsabilidad de ayudar. Posiblemente pensaba que Jesús podría ir a comprar más vino. Después de todo, la presencia de él y sus discípulos aumentaba el número de los asistentes. Y ¿Cuántos discípulos eran? Sabemos de, por lo menos, 5, y con Jesús 6 Seis personas más, varones todos, puede hacer una diferencia en el consumo en una fiesta casera.

Hay quienes piensan, que María (aunque Juan no usa su nombre) esperaba que Jesús fuera a hacer un milagro. No cabe duda: ella sabía bien quién era, pues, tenía información particular de parte del ángel, pero hasta este punto no había ninguna indicación de que su identidad como el Ungido, el esperado Mesías, incluyera el hacer milagros, mucho menos de este tipo casero. Hay otros que dicen que aquí tenemos prueba de que Jesús siempre cumple con los deseos de su madre y, por ende, nos conviene comunicarle nuestros problemas y deseos a ella.

La respuesta de Jesús nos sorprende, tanto en la forma de dirigirse a su madre como por el comentario que hizo. Algunos dicen que en aquel tiempo y en el lenguaje griego, el dirigirse a la madre diciendo “mujer”, así de seco y frío, no era tan agresivo, y aunque es posible que algunos de los matices de lo que dijo fueran menos chocantes y más amables que el sonido actual de estas palabras, la respuesta de Jesús todavía llama nuestra atención. No era usual, ni en aquel entonces, que una persona llamara “mujer” a su madre, o que hoy en día le llamara “señora”. Aunque no es falta de respeto, de honor, ni cortesía, el uso de esta palabra, llama la atención. Luego, dice Jesús, ¿Qué tienes conmigo? El griego dice (literalmente) “¿Qué a ti y a mí, mujer?”. Esto se puede traducir mejor: ¿Qué nos importa a nosotros? O, ¿qué tenemos en común? Prefiero la primera traducción, sobre todo a la luz de lo que sigue, que son las palabras “mi hora todavía no ha llegado”.

No podemos dudar: esta es una comunicación personal y privada entre Jesús y su madre. Ellos, seguramente, se entendieron. Tanto ella, como Jesús, sabían quién era Jesús. Los discípulos apenas estaban cayendo en cuenta; lo que sabían era solamente que Juan bautista le había señalado como el Cordero de Dios. El conocimiento entre Jesús y su madre era más amplio, más correcto, más completo y más preciso. Entonces es como si Jesús dijera: “¿No tienen vino, mujer, qué nos importa? Sabemos que no soy proveedor de vino. Nosotros sabemos quién soy, y mi hora todavía ha llegado”. (Nosotros, los que sabemos toda la historia y los que han leído todo el evangelio, recordamos que Jesús más tarde hace referencia a “su hora”— Juan 12:23, ver también, 12:27; 13:1; 16:32; 17:1, a las referencias en los otros evangelios.) Hace referencia al hecho de que su vida está programada para cumplir con su propósito, que era hacer “la voluntad de su Padre”.

María comprendió No sabía lo que iba a hacer, pero sabía que algo iba a hacer, entonces dijo a los siervos que hicieran todo lo que Él dijera.

Nosotros sabemos que uno de los principales propósitos de Jesús era la preparación de sus discípulos. Estos discípulos observaban y, aunque no sabían que estuvieran en clase, aprendieron. El versículo 11 nos lo dice: “y sus discípulos creyeron en Él”. Y además, sabían que “todavía no era su hora”, pero que tenía un poder sobrenatural. Jesús, en lo que sigue, se presenta a sus discípulos, ya que posiblemente los otros invitados no se dieran cuenta de lo que paso. Los discípulos observaron que Jesús soberanamente provee el vino de la fiesta. Jesús se muestra a ellos como el Soberano Señor de todo, de la naturaleza y de todos los aspectos de la vida.

María, con su penetrante percepción del propósito de Jesús, sabiendo que iba a ser un momento especial de revelación, dice a los siervos que hicieran todo lo que dijera Jesús. Aquí el consejo tenía que ver con llenar unas tinajas con agua, pero el consejo tiene aplicaciones muy generales. Siempre vale la pena hacer todo lo que dice Jesús.

Había en esta casa seis tinajas para el agua, en que cabían dos o tres cántaros en cada una. Es decir, cabían entre 60 y 90 litros en cada una, unos 500 litros en total. La provisión de Jesús es abundante. Más tarde, el maestra sala, que no sabía de dónde venía el vino, dijo que era el mejor vino de la fiesta, pero que era una lástima que el anfitrión esperara hasta en final de la fiesta para servirlo.

El hecho de convertir agua en vino de la manera que lo hizo Jesús es lo que nosotros llamamos “milagro”. El apóstol Juan, autor de este Evangelio, no usa la palabra “milagro”. Lo que hizo Jesús no lo llama milagro, sino señal. Esto quiere decir que lo que hizo apuntó hacia algo, el acto existe para “señalar”, para enseñar, (como en “señalar” el camino). Hemos de entender, entonces, que Jesús lo hizo “adrede”. Hasta la boda, la falta de vino y la conversación de Jesús con su madre: todo está en la planeada providencia del que se revela como soberano, aun sobre los detalles de las circunstancias como agua, tinajas, vino y la invitación a una boda.

El contexto, en el Evangelio de Juan es doble: la identificación histórica del encarnado Hijo de Dios, y también presentarlo como el maestro de los discípulos, que habían de continuar su ministerio, después de que nuestra redención fuera un acto histórico.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 6

LA PURIFICACIÓN DEL TEMPLO

Lectura bíblica: Juan 2:13-25

Debemos notar que entre los versículos 12 y 13 del capítulo 2 del Evangelio de Juan hay un cambio de tiempo, tema, localidad y ambiente.

Esto nos avisa que también es un nuevo apartado en el desarrollo del relato que nos presenta Juan en su informe sobre el ministerio de Jesús. Según los evangelios, son, por lo menos, tres los propósitos principales del ministerio de Jesús. Estos son ¹⁾ la preparación de los discípulos para su ministerio, ²⁾ la revelación de la naturaleza de la oposición a su ministerio, y ³⁾ una plena identificación de Jesús como el “Cordero de Dios”. En la parte del Evangelio que hoy estudiamos, los tres propósitos están involucrados claramente.

Jesús, con sus discípulos, fueron a Jerusalén, y lo primero que fueron a ver fue el templo, igual que todos los que visitaban Jerusalén, en aquel entonces y hasta el día de hoy. Por supuesto, todos ellos habían estado en el templo antes. Sabemos que Jesús, a los doce años, ya había estado en el templo (Lucas 2:41- 52). Entonces, lo que vieron ahora no era nada nuevo; ya estaban acostumbrados a este escenario. Triste, pero lo aceptaron como normal. Especialmente en tiempos de la pascua, cuando llegaba mucha gente de otros lugares, el personal del templo se aprovechaba de las multitudes, que lo visitaban, para hacer comercio con ellas.

Muchos de los que visitaban Jerusalén venían de grandes distancias (viajaban a pie) y no querían cargar con sus animales para el sacrificio en el viaje. Les parecía mejor comprarlos llegando ya a Jerusalén. Y, además, los animales tenían que pasar una inspección antes de ser aceptados para el sacrificio. Los mismos sacerdotes que hacían la inspección ofrecían animales en venta que seguramente pasarían dicha inspección. Quizá los precios eran un poco más altos que el precio de los animales en el mercado, pero la gente que los compraba tenía la seguridad de que ya habían pasado la inspección, pues no se

podía estar seguro con animales ajenos. Entonces, el que quería hacer sacrificio compraba el animal en el templo mismo. Además, las ofrendas en el templo tenían que hacerse con el *shekel* del templo, una moneda que se usaba solamente en el templo. Entonces, cada persona que llegaba para adorar a Dios con sus ofrendas, muchas veces eran ahorros guardados para este propósito, tenían que cambiar su dinero, el cual muy posiblemente llevaba impresa la imagen de un gobernador, por el dinero del templo. Siempre había la posibilidad (y tentación) de ganar algo. A los cambistas les iba bien.

Al iniciar nuestro estudio sobre este pasaje, nos encontramos con un problema que realmente no afecta el entendimiento del pasaje, pero es un problema que ha causado dificultades para algunas personas en su estudio de los evangelios y en su comprensión del ministerio de Jesús. Este problema es que aparentemente este relato se halla en dos diferentes tiempos del ministerio de Jesús. Aquí, en el evangelio de Juan, se halla el episodio de la purificación del templo en el inicio de su ministerio. Según Juan, esto pasó la primera vez que Jesús estuvo en la pascua con sus discípulos, y según los evangelios sinópticos --Mateo, Marcos y Lucas—era la última pascua en que Jesús estuvo con sus discípulos, al final de su ministerio. Los “altos críticos”, que no quieren aceptar el evangelio en la forma en que nos llega, nos hablan de una contradicción, a tal grado que aseveran que los Evangelios no son fidedignos, ya que, dicen, no se puede confiar en ellos.

Sin embargo. Si estudiamos cuidadosamente las dos historias, es posible notar, en los detalles dados en cada caso, que son dos distintos episodios del ministerio de Jesús. Si se hace una cuidadosa comparación entre los dos episodios podemos notar una diferencia entre el vocabulario y las circunstancias. El hecho de que estén los dos relatos, uno al principio y el otro al

final del ministerio de Jesús, que hablan de dos distintas, pero semejantes, actividades, nos deja la impresión de que este tipo de actuación caracteriza a su ministerio. Es posible que hubiera hecho lo mismo en otras ocasiones, que no están relatadas en los Evangelios. Por eso, también es posible que, en cierto sentido, los fariseos tuvieran algo de razón en su entendimiento del ministerio de Jesús y de sus propósitos. No cabe duda de que tenían la sospecha de que Jesús vino para “destruir” el templo. Esta era una de las acusaciones que le hicieron a Jesús en su juicio (Mateo 26:61; Marcos 14:58). Después de todo, en varias ocasiones, Jesús mismo predijo la destrucción del templo. Para muchos judíos, el hablar de la destrucción del templo era hablar de la destrucción del judaísmo. Quizá por eso los fariseos, sobre todo, estaban en contra de Jesús en todo su ministerio, especialmente porque este evento de la purificación ocurrió en los inicios de su ministerio público.

Juan reporta que los discípulos interpretaron este acto de Jesús con referencia al Salmo 69:9, que seguramente sabían bien. Vieron (no solamente Juan, sino los discípulos) en Jesús un *celo* en su comportamiento; por así decirlo, Jesús se manifestó como celoso. Ésta es una de las importantes diferencias entre la descripción de Juan y el relato en los Evangelios sinópticos. En estos Evangelios la referencia es a Isaías 56:7. En Juan este tipo de actividad se interpreta como una faceta del llamamiento de Jesús a su ministerio. Lo pone como una pasión, un deber, una obligación.

Los judíos *reaccionaron* también. (La palabra “respondieron” no es suficiente fuerte.) Como una reacción lo retaron a presentar sus “señales”, o sea, su identificación. Es una manera de exigir pruebas de su autenticidad. Los judíos estaban muy abiertos a la idea de una actividad sobrenatural, pues sus esperanzas mesiánicas lo exigían, pero siempre buscaban “señales” (I Corintios 1:22).

Jesús les da una “señal”, ya que en este día Jesús también reveló su muerte y resurrección. No era precisamente el tipo de señal que buscaban, debido a que es el tipo de señal que no se puede identificar sino hasta después de que pase. Juan escribe su evangelio una generación después, cuando muchos ya sabían de la muerte y resurrección de Jesús, aunque muchos dudaban. Sin embargo, la señal iba a tardar unos tres años en aparecer.

Los discípulos, solamente después de la resurrección, se acordaban que Jesús había dicho esto como señal. Entonces, creyeron la Escritura y la Palabra de Jesús. Y Juan, uno de los discípulos presentes, nos da un testimonio fidedigno.

La palabra que Juan usa para hablar de los milagros es la misma palabra “señales”. Las señales son más que simplemente milagros: son señales, signos que apuntan hacia otra verdad. No solamente sorprenden y causan admiración (y miedo), enseñan ya que siempre indican otra (y superior) realidad.

En nuestra gramática la respuesta de Jesús contiene un imperativo, “destruid”. No es un imperativo puro, sino más bien una condicional. Está en el sentido de “si” o “cuando”. Nosotros también a veces usamos la misma forma. Decimos: “pon tu dedo en el fuego y verás que quema”. La idea es “si” pones tu dedo, o “cuando” pongas tu dedo...”

Los “milagros”, esto es, las señales atrajeron mucha gente. Muchos “creyeron” en Él. Pero Jesús no se fiaba en ellos. Él sabía de la gente. Él, dice el texto, “conocía a todos”. Nadie tenía que decirle cómo era una persona, ya que Él sabía lo que había en la persona.

Por eso, las multitudes no le impresionaban. Más tarde, el mismo Juan, en este mismo libro, en el día de la entrada “triumfal” en Jerusalén, dice que mucha gente llegaba porque había escuchado de sus “señales”.

Juan inserta este trozo en su Evangelio en este lugar primeramente porque es la verdad y su reportaje es verídico y confiable y, en segundo lugar, para mostrar que el propósito del ministerio de Jesús no era tener “éxito” popular, que le hubiera sido fácil obtener, sino el de llevarle a la cruz y a la resurrección, *después* de su muerte. La aprobación popular no le interesaba. Él sabía lo que había en el hombre, y no confiaba en el hombre. Sabía también que lo que hay en el hombre es el pecado, y que solamente yendo a la cruz podría rescatar al hombre de sus pecados. La popularidad no puede lograr esto. Por otro lado, la misma aceptación popular de Jesús fue un incentivo para que la oposición buscara la muerte de Jesús. Esta oposición fue un instrumento en la providencia de Dios para llevar a Jesús a la cruz, aunque “no adrede” (ver I Corintios 2:7- 8). Es difícil entender la grandeza de la soberanía de Dios en que aun las acciones de sus enemigos cooperan para cumplir los propósitos divinos.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 7

EL TEMPLO & JESÚS Y NICODEMO

Lectura bíblica: Juan 2:17-25 & 3:1-21

Tenemos que empezar la lección de hoy haciendo referencia al pasaje que estudiamos en la lección anterior. Hay dos asuntos en esta lección que necesitan

una explicación más amplia. Si algún día hacemos otra edición de estas lecciones, esto es algo que tenemos que corregir, pero ahora podemos volver por unos minutos a la lección anterior.

El primer asunto tiene que ver con el templo, y el segundo, con la palabra “creyeron” en el versículo 23 del capítulo 2. En el primer caso, para entender la respuesta a los que pidieron “señal” de Jesús, Él les da una señal, y la señal es su muerte y resurrección. Debido a que nuestros conceptos son diferentes, no captamos bien la idea de Juan cuando dice que Jesús hablaba del “templo de su cuerpo”. Como si la respuesta de Jesús no tuviera que ver con la demanda de los judíos.

Para los judíos, el templo simbolizaba la presencia de Jehová, el Dios del pacto, con su pueblo. Al ver el templo, su reacción era “nuestro Dios está con nosotros”. No los impresionaba, en primer lugar su arquitectura, su belleza y sus adornos, sino el hecho de que Dios estaba con ellos y la prueba era la presencia del templo. El templo era, para ellos, “Emanuel”, Dios con nosotros. Sin embargo, “Emanuel” era también uno de los títulos del Mesías (Isaías 7:14; 8:8, Mat. 1:23) Entonces, cuando Jesús habla del “templo de su cuerpo”, está hablando de su cuerpo encarnado. Por eso, Juan hace tanto énfasis en el primer capítulo sobre la encarnación. Esto nos ayuda entender al mismo autor, Juan, en su último libro, Apocalipsis (21:22) cuando, en el contexto de la Nueva Jerusalén, dice que no hay templo en ella.

Algún tiempo después del episodio del templo, no sabemos si era la misma pascua o no, las multitudes vieron las “señales” que Jesús hacía, y “muchos creyeron en su nombre”. Nosotros, hoy en día, condicionados para pensar como lo hace nuestra cultura, pensamos que si creyeron fueron salvos, porque sabemos que si uno es creyente es salvo, ¿cómo es entonces que Jesús no confiaba en ellos o, como dice el texto “no se fiaba en ellos”? Pues

el que es salvo, salvo es, y no se “desalva” (si me permiten acuñar una palabra). En griego se emplea un tiempo gramatical, que se llama *aoristo*, que se refiere a un acto en el pasado que se acaba en el acto. Usamos algunas formas del pretérito en el castellano para decir lo mismo, por ejemplo, en la frase “lo tragó”, o, “me engañé”, (pero no sigo engañado). No es un acto que se sigue haciendo, sino, por así decirlo, el “acto acaba en el acto”, ya no hay más. Las gentes “creyeron”, pero no seguían creyendo, y no seguían a Jesús, aunque sabían que podía hacer milagros, a pesar de que ni sabían realmente quién era. Todo esto no sorprendió a Jesús, ya que Él sabía lo que había en el hombre. Sabía que nadie llega a ser verdadero creyente sin que nazca por el Espíritu Santo, que es lo que vamos a estudiar a continuación, y que es probablemente el nexo entre los capítulos dos y tres.

JESÚS Y NICODEMO

El capítulo tres comienza como un cuento: “había un hombre de los fariseos...”, casi como “habíase una vez...”. La verdad es que esta historia está estructurada como un cuento. No es cuento, por supuesto, en el sentido de que pudiera ser ficticia, sino en el sentido de que todo lo que no viene al caso, todo lo que no está en la “trama”, fue eliminado. No hay elementos ajenos o extraños en el relato, todo tiene que ver con el punto principal.

El hombre tiene nombre. Se llama Nicodemo. Lo vamos a ver de nuevo, en Juan 7:50 y en 19:39. Cuando lleguemos a estudiar estos pasajes, seguramente lo vamos a mencionar. Lo que debemos notar es, que esta es historia verdadera, ya que trae secuela histórica.

Era “de los fariseos” y era “un principal entre los judíos”. Estos datos son importantes, porque nos van a ayudar entender la perspectiva de las palabras de Jesús. Tenemos que recordar las últimas palabras del capítulo anterior “pues Él sabía lo que había en el hombre”. Juan nos da

estas palabras para que nosotros, los lectores, tengamos una noción también de lo que hay en este hombre.

Los fariseos ya habían mostrado interés en Jesús; lo vigilaban, no siempre con actitudes amistosas, pero tampoco con demasiada sospecha, sobre todo porque Jesús también rechazaba la doctrina de los saduceos. Los saduceos centraban sus intereses y actividades alrededor del templo, sus ritos y ceremonias; los fariseos, en la vida moral. Los fariseos creían en la resurrección y los saduceos, no creían en ella. Los saduceos y los fariseos no se llevaban bien, y es muy posible que la “limpieza” del templo les hubiera parecido bien a los fariseos.

Entre los partidos políticos en aquel entonces, los fariseos eran los principales, aunque no la mayoría, luego los saduceos, y también los zelotes y los herodianos, y otros. Llamar “fariseo” a Nicodemo era describirle como un hombre recto, honrado, bien preparado en la ley y en la historia y tradiciones de su pueblo, confiable, honesto, responsable, bien educado, cortés y culto. Si viviera hoy en día, sería de la clase media alta y todos nosotros votaríamos por él para ocupar un puesto público como secretario de la asociación de padres de familia, por ejemplo.

De hecho, el dato de que era “un principal” entre los judíos indica que ocupaba un puesto público entre ellos. Muchos comentaristas piensan que era miembro del sanedrín (ver 7:50-52). Algún puesto representativo ocupaba y ejercitaba su responsabilidad. Ocupar tal puesto daba testimonio de su conocimiento de la ley, de la tradición, de cultura y de las costumbres. Jesús da evidencia de ello cuando le pregunta: “¿Eres tú maestro en Israel, y no sabes esto? (v. 3:10).

Como fariseo y principal entre los judíos mantenía una fuerte esperanza mesiánica. Los fariseos eran buenos conocedores de los profetas, y creían en ellos. La interpretación que dieron a las profecías solía ser muy formal, literal y nacionalista. Creían en la venida de un Mesías, un Rey de la casa de David, que iba a reinar desde Jerusalén (literalmente), y aún más que los romanos, iba a poner a todos sus enemigos por debajo de sus pies. El Mesías-Rey que buscaban tenía que ser un Guerrero-Rey. Y tenían la firme confianza, la segura fe, que este Mesías- Guerrero-Rey vendría pronto. Tenían una fe activa en ello.

Para interpretar los tiempos, los judíos, en general, y los fariseos, en particular, buscaban señales (I Cor. 1:22). Por eso, Nicodemo hacía la pregunta que hizo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios... porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”. Nicodemo,

como cualquier judío interpretaba los milagros como señales. Y tenía razón, por supuesto. Sin embargo, ellos no sabían interpretar las señales, aunque creían en ellas. No obstante, las señales convencían a Nicodemo de que este Jesús era algo fuera de lo ordinario, y fueron las señales lo que llevaron a Nicodemo a buscar a Jesús.

El hecho de que Nicodemo respetaba a Jesús se ve por la forma en que lo llamó, “Rabí”. Esto no era una burla; los fariseos no hacían burla de estas cosas. “Rabí” era un título de honor y dignidad; a nadie llamaban Rabí, que no mereciera este título. Quiere decir que Nicodemo reconocía la autoridad de Jesús de enseñar las cosas de la Palabra de Dios. Las mismas señales eran sus credenciales. Nicodemo, entonces no se atrevió a usar este título en vano. Nicodemo llama a Jesús “maestro venido de Dios”. Estas palabras indican la reverencia y el respeto, y no se emplean en un sentido frívolo.

Hay otro punto más que debemos notar: el nombre de Nicodemo. El nombre no es hebreo, sino griego. Los judíos de la alta clase, la clase que se movía constantemente en la alta sociedad, además de su nombre en hebreo, les daban a sus hijos un nombre griego. Vemos esto en Saulo/Pablo, Juan/Marcos y otros. Seguramente Nicodemo era José/Nicodemo, o Juan/Nicodemo, o Jacobo/Nicodemo, o algo semejante. Esto hacía que Nicodemo, judío, fariseo, líder de los judíos se moviera libremente en las dos sociedades.

Este llegó a ver a Jesús de noche. Algunos piensan en miedo, vergüenza, o en una necesidad o deseo de estar en secreto. No hay ninguna indicación de esto. No creo que la hora sea importante. A lo mejor, en aquel tiempo y en aquella cultura ésta era la hora más usual para hacer este tipo de visita.

En la siguiente lección continuaremos con esta historia.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 8

JESÚS Y NICODEMO Segunda parte

Lectura bíblica: Juan 3:1-21

En el estudio anterior empezamos a pensar en un hombre destacado que vino de noche para hablar con Jesús. Pudimos llamarlo “destacado” por tres razones.

Era fariseo, era un principal entre los judíos, y era un judío que llevaba un nombre griego. Esta combinación de atributos se hallaba en muy pocas personas en aquel entonces, y ciertamente hubiera llamado la atención de los primeros lectores. Y es igual de cierto que debe ser notada por los lectores hoy en día. No lo podemos llamar una persona “común y corriente” porque no era ninguna de estas dos cosas.

En este pasaje no encontramos nada raro acerca de la hora cuando Nicodemo fue a consultar con Jesús. Pudiera haber sido la hora más normal, en aquella cultura, para llevar a cabo este tipo de conversación. No vemos nada de lo oculto o secreto en el encuentro, ni tampoco en las otras referencias al personaje de Nicodemo en el Evangelio. La hora no nos llama la atención; lo que dijo Nicodemo sí, nos llama la atención.

Las palabras de Nicodemo para abrir la conversación, son muy propias para una persona culta en este tipo de entrevista. Iba a entrar directamente en el asunto de su visita. Es como si dijera: “Vamos al grano.” Este es el asunto.

Tenemos que poner atención a las palabras. Lo que Nicodemo dijo era: “Rabí, *sabemos* que has venido de Dios...”. Aquí tenemos un reconocimiento de quién era Jesús, por lo menos parcialmente (todavía tenía mucho más que aprender). Es la confesión de que lo que enseñaba Jesús era la enseñanza de Dios. Y esto dicho por un fariseo. Hay más todavía, agrega: “...como *maestro*”. Y esto dicho por uno que era maestro (ya que Jesús dice en v. 10, que Nicodemo era maestro, aparentemente ser un “principal” entre los judíos incluía ser maestro). Nicodemo, entonces, era teólogo y, seguramente, muy respetado como tal. Y todo esto presta peso a sus palabras.

Nicodemo agrega unas palabras que muestra la orientación de su pensamiento. Explica la razón tras la confesión (o ¿profesión?) que acababa de dar. Dice: “porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”. La palabra “señal” es muy importante en el contexto (ver 2:15, 18, 23. Juan, en su Evangelio, no usa la palabra “milagro”, la palabra que nosotros solemos usar para hablar de los actos sobrenaturales e inexplicables de Jesús) sino emplea la palabra “señal”. La palabra “señal” indica algo que apunta hacia otro objeto, y no hacia a sí misma. Una señal siempre es una señal de algo. No podemos decir que una señal es simplemente una señal, y que nos es señal de nada. La señal siempre exhibe, muestra, o dirige la atención hacia algo distinto de la señal misma. Los actos poderosos, sobrenaturales y espectaculares de Jesús, es decir, todos sus “milagros” tienen un sentido, enseñan algo, “señalan” algo, son signos. Nicodemo, como fariseo y como teólogo, sabía interpretar las señales. Él sabía que las señales que hacía Jesús significaban que él era “el maestro que ha venido de Dios”. Y lo dijo.

Estas eran las palabras de saludo, presentación y la introducción a la conversación entre Nicodemo y Jesús. Jesús responde. Su respuesta nos sorprende. No la hubiéramos imaginado. Parece que en nada tiene que ver con las palabras de Nicodemo. Sin embargo, Juan presenta este episodio en forma narrativa, y la narrativa incluye esta conversación. Las palabras de Jesús no parecen tener relación con lo que dice Nicodemo. Parece como si Juan hubiera dejado fuera una parte de la conversación, o que posiblemente querría cambiar el tema. Por lo menos, al lector cuidadoso, hoy en día, le parece que algo falta en el relato. Nicodemo viene con una idea, y Jesús le confronta con otra.

Además, Jesús empieza con una solemne declamación: “De cierto, de cierto”, en nuestras versiones. En griego es “Amen,

Amen”. Estas palabras sirven para introducir una formal proclamación que reclama ser la verdad. Realmente son traducciones del hebreo que fueron introducidas en el mundo griego. Lo dicho después de esta fórmula ha de tomarse como una verdad de suma importancia. Ahora bien, Nicodemo oye estas palabras de Aquel quien él mismo acaba de reconocer como “el maestro venido de Dios”. Y en esta forma tan dogmática. Nicodemo, sin duda, quedó enormemente impresionado.

La verdad es sencilla: sin que una persona “naciera de nuevo” no puede *ver* el Reino de Dios. No se había hablado todavía acerca de El Reino de Dios, aunque estaba en la mente de pueblo judío casi todo el tiempo. Y ahora Jesús habla de verlo. Además, esto de “nacer de nuevo” ha de ser un nuevo tipo de lenguaje metafórico, totalmente inusitado. Fue esta frase –nacer de nuevo—la que llamó la atención a Nicodemo. Al oírla, la frase no tiene sentido. Lo que dices, responde Nicodemo a Jesús, es imposible. No tiene sentido. Para *ver* el Reino de Dios, según lo que dices, tengo que hacer lo que no puedo hacer. Lo que pones como requisito para *ver* el reino de Dios me es imposible, y lo es para todos los otros también. (Ya está progresando, habría pensado Jesús.) No debemos pensar que Nicodemo se estaba burlando, ni poniendo pretextos, más bien, no entendía, pues cómo iba a saber lo que es el nacer de nuevo. (Las palabras en griego pueden significar “nacer de arriba” y esto está implícito en la frase. Nacer de nuevo es nacer desde arriba.) Pero aquí notamos por la forma de la respuesta de Nicodemo que él tomó la frase –nacer de nuevo— en el sentido literal. Por eso, habló de la imposibilidad física de nacer de nuevo. Tenía razón, pero no solamente en lo físico.

Es importante notar que es imposible hacerlo aun espiritualmente. Para el ser humano, es imposible. El ser humano no puede hacerlo. Fue importante para Nicodemo saber que él, fariseo y principal de los judíos, no podía hacerlo, tal como ninguna persona puede hacerlo. La única respuesta que tiene el ser humano es la de Nicodemo. No podemos entrar de nuevo en el vientre de nuestras madres y salir de nuevo como una persona nueva.

Parte de la razón es que sin nacer de nuevo es imposible aun percibir el Reino de Dios. Podemos imaginarlo, según todos los límites y errores de nuestra imaginación, pero no podemos *verlo*. Sin la regeneración --nacer de nuevo, y desde arriba-- no sabemos lo que es el reino de Dios, ni reconocerlo. Solamente podemos decir con Nicodemo, en cuanto a nacer de nuevo, “no tenemos la menor idea”. Aun con todos sus altos puestos, sus honores, su

preparación y prestigio, Nicodemo estaba en la misma situación que nosotros, y Jesús lo hizo saber.

La frase “Nacer de nuevo” en nuestros tiempos y desde hace algunos años ha llegado a cargarse con sentidos diferentes al del uso de esta frase en la Biblia. Hoy en día se refiere más bien a una experiencia de conversión, a un radical cambio de actitud, un recobro de un nuevo ánimo, con el énfasis en la experiencia. Además, se suele pensar en ello como algo que la persona tiene que hacer, muy relacionado con tomar una decisión, una deliberada actividad de la voluntad. Este es el concepto moderno, y no era el concepto de Nicodemo, ni de Jesús, ni del público en los tiempos de la Biblia, y no se halla este concepto en la Biblia. Muchas personas se refieren a una experiencia, relacionada con una decisión, y dicen que habían nacido de nuevo y, luego, aunque no se pueda negar la experiencia, se puede dudar del nuevo nacimiento. Por supuesto, después del renacimiento, experimentamos que tenemos la vida en Cristo, pero esta experiencia no es el nacer de nuevo; es el resultado de haber nacido de nuevo.

El nacer no es algo que una persona hace, menos como un acto de su voluntad. Nacer siempre quiere decir “ser nacido”: una persona siempre “es nacida” nacido, y no por su propia voluntad. Esto vemos claramente en v. 5, donde dice Jesús que es necesario que una persona “sea nacida” de agua y del Espíritu, aunque nuestras traducciones dicen “naciere” de agua y del Espíritu, como un manera de decirlo. Cuando Nicodemo oye las palabras de Jesús, no entiende, ya que en su día no se hablaba de nacer de nuevo, menos como una experiencia.

En los versículos del 5 al 8, Jesús le explica. Dice que a menos que uno sea nacido del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Ahora, tenemos que preguntarnos ¿Qué hubiera entendido Nicodemo con estas palabras? Es claro que ser nacido de nuevo es ser nacido de agua y del Espíritu. Esta es una expresión inusitada en las enseñanzas de Jesús, y en la Biblia. Ahora bien, para un judío en aquel entonces el concepto de “agua” era ¹⁾ un elemento de purificación, muy usado en los ritos judíos, aplicada a personas, utensilios, lugares, etc., ²⁾ un elemento que daba vida, especialmente la lluvia, que cae del cielo, o es rociada o derrama, y ³⁾ los ritos de arrepentimiento, como de Juan Bautista. Este tercer sentido está muy relacionado con los primeros dos. Todo se refiere a algo que es hecho a la persona.

El “Espíritu” se refiere, desde luego, al Espíritu Santo. Cualquier principal maestro de los judíos estaría muy familiarizado con este término, especialmente en relación con los profetas que hablaban la Palabra de Dios. Aquí se refiere claramente a la obra del Espíritu por medio de la Palabra. Esta obra se llama la regeneración. Ser nacido de agua y el Espíritu se refieren a los aspectos externos e internos de la regeneración. Los dos aspectos son necesarios, indispensables, para *ver* y para *entrar* en el reino de Dios.

Semejante al nacimiento carnal, en la carne, experimentamos que somos carnales: vivimos en la carne. Después de nacer por el Espíritu, vivimos por el Espíritu. Por nacer de la carne, somos carnales: nacidos por el Espíritu somos espirituales. Entonces, dice Jesús a Nicodemo, no debe sorprenderte que sea necesario que nazcas de nuevo. Igual que con el viento, no lo vemos soplar, pero escuchamos el sonido y vemos los resultados.

Nicodemo todavía no ha entendido. Entonces tenemos que volver sobre este asunto en la siguiente lección.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 9

JESÚS Y NICODEMO Tercera parte

Lectura bíblica: Juan 3:1-21

Uno de los conceptos más importantes en este pasaje es el concepto del nuevo nacimiento. Nos preguntamos: ¿Qué quiere decir el nacer de nuevo?

Los conceptos actuales acerca de este fenómeno no necesariamente son los del tiempo de Jesús, ni aun de la iglesia primitiva. Más bien, los conceptos acerca del significado de este término son más o menos modernos y tienen que ver con una experiencia subjetiva, algo relacionado con la experiencia religiosa, mientras que, en la Biblia y en la fe de la iglesia primitiva, se refería, más bien, a una objetiva realidad.

Ahora bien, la dificultad no es nueva. En tiempos de Jesús algunas personas también tenían problemas para entender la frase. No encontramos el uso de esta frase en otros lugares y en otros contextos. De hecho, eran muchos los que no entendían, y Nicodemo era solamente uno de ellos. El evangelista Juan nos comunica su caso, para que nosotros podamos entender lo que es el “nacer de nuevo”.

Ahora bien, el nacer no es algo que una persona haga. No le decimos a los bebés, antes de nacer, “vete a nacer”. Cuando Jesús dijo a Nicodemo que era necesario que naciera “desde arriba” (*anothen*, en griego, en v.3 y en v.7), Nicodemo respondió que esto es algo que un hombre (ser humano) no puede hacer. Es seguro que Nicodemo entendía que necesitaba otro nacimiento, junta así las ideas de nacer de nuevo, y nacer desde arriba. Entendió que Jesús dijo que, sin otro nacimiento, no podría participar en el reino de Dios. Entendió bien, ya que, de hecho, lo que Jesús exigió, el ser humano no lo puede hacer. El nacer, de nuevo o desde arriba, está más allá de las capacidades del ser humano. No debemos entender que Jesús le dijo a Nicodemo que era necesario que naciera de nuevo, y que entonces Nicodemo tenía que apurarse para hacerlo. Más bien, Jesús está diciendo a Nicodemo que un ser humano, en su estado natural, aunque fuese fariseo, simplemente por su naturaleza humana, no puede ver, ni entrar, en el reino de Dios. Tiene que ser algo nuevo, algo que un ser humano no puede ser por sus propias fuerzas.

En los tiempos recientes, se suele entender “nacer de nuevo” en términos de una “decisión” o de “aceptar” a Cristo, aunque algunos, con más precaución, hablan de “recibir” a Cristo. Pero, todos los que así hablan ponen la base de la salvación, y la entrada en el reino de Dios en un acto humano. Nicodemo entendió, correctamente, que él no era capaz de hacer un acto salvífico.

Notamos que, a partir de versículo 7, Jesús le habla a Nicodemo en una forma muy personal: dice “te dije”. Luego dice “Os (tu y los tuyos) es necesario...”. [Nicodemo había indicado que él era parte de un grupo cuando dijo, en v. 2, “sabemos”.] En griego la palabra (“*dei*”=es necesario) es muy fuerte. Podemos decir que quiere decir “es indispensable”, o, “es esencial”. No hay otra manera ni otro camino para *ver* y *entrar* en el reino de Dios, sino por medio de otro nacimiento.

También debemos notar que el énfasis siempre está sobre “el reino de Dios” y en *ver* y *entrar* en este reino. No encontramos las palabras que acostumbramos emplear cuando hablamos de estos temas. No encontramos las palabras “salvación”, “perdón”, “redención”. El otro nacimiento es necesario para *percibir* y *participar* en el reino de Dios.

Para percibir (ver) el reino, es menester identificar el Rey. Nadie puede ver el reino sin conocer (ver, percibir e identificar) al Rey. Y nadie puede entrar en este reino sin pertenecer y participar en Él por la fe, lo cual es obra del Espíritu Santo. Para esto es necesario el otro nacimiento.

Jesús explicó que este nacimiento era por “el agua y el espíritu”. Jesús usó esta expresión porque (supuestamente) estaba dentro del vocabulario de Nicodemo. Pero Nicodemo no entendió. Juan escribe esta frase dando por sentado que está dentro de nuestro vocabulario, pero nosotros no entendemos tampoco.

La combinación de palabras ¡y conceptos! no es muy usual. El único escritor bíblico que las usa es Juan. No encontramos esta combinación en los otros autores bíblicos, ni en otra literatura de la época, ni en autores cristianos ni seculares. Sin embargo, tenemos que percibir la frase como una unidad, y no como un listado de dos elementos, el agua por un lado y el espíritu por el otro.

Hay otros elementos que hacen difícil la interpretación. Uno de estos elementos es el hecho de que la palabra en griego, *pneuma*, quiere decir viento y espíritu, las dos cosas. Hay otros idiomas que presentan el mismo fenómeno. En el pasaje que estudiamos (3:5-8) la misma palabra se usa en los dos sentidos. Sin embargo, los dos sentidos están ligados en el sentido de que el verbo, “soplar”, de la misma raíz, se atribuye a los dos sentidos: el viento sopla y el espíritu sopla. Como el viento sopla, sin ser visible ni explicable, así es también en cuanto al espíritu. (En I Juan 5:6-8, encontramos una combinación similar, “agua y sangre” en una combinación que funciona de una manera semejante.)

Notamos que (en los dos casos –agua y espíritu, y agua y sangre—) la idea que resalta es lo inadecuado del agua solo. Dice: agua y... Los elementos no vienen solos. Siempre es agua y... Nunca es primero agua y luego espíritu, sino siempre juntos, agua y... Nunca puede ser el agua solo.

Nicodemo, siendo judío (y como Pablo, hebreo de hebreos y fariseo –Filipenses 3: 4-6) muy enterado de todo lo que pasaba, sabía del bautismo de Juan Bautista, y también del agua para el rito de purificación (2:6), o sea, de lavarse las manos antes de comer y de purificar los utensilios, de los muchos ritos de purificación con agua, de las abluciones. En la vida religiosa judaica el agua se asociaba con purificación, o con los ritos que ahora llamamos “el bautismo”. En griego también. En Marcos 7:4,8, Lucas 11: 38, y Hebreos 9:10, en griego se emplea la palabra “bautismos”, aunque en las traducciones hablan de lavar, o de abluciones. Por asociación la palabra agua se empleaba como metáfora de purificaciones o bautismos. Y esto seguramente fue lo que entendió Nicodemo.

Pero el rito en si no hace la purificación. Por eso, el bautismo de Juan no era el bautismo cristiano. Por eso, Pablo volvió a bautizar a los de Éfeso, a los que habían sido bautizado en el bautismo de Juan (Hechos 19: 1-7). Seguramente Nicodemo “se bautizaba” frecuentemente y diariamente, pero toda esta agua no bastaba. Le hacía falta la obra del Espíritu Santo.

A Nicodemo le faltaba una sana doctrina del Espíritu Santo. Por eso, no entendió. Preguntaba: ¿Cómo puede hacerse esto? Jesús le explica.

Aunque tú seas maestro de Israel, le dice a Nicodemo, y, por eso, debes saber esto, yo te voy a explicar. Empieza con la fórmula usual para hacer una solemne declaración: “de cierto, de cierto”. Esto equivale a decir “pon atención y recuerda cada palabra”. “Sabemos” dice Jesús. Jesús hace referencia a lo que Nicodemo, como judío y como maestro, ya sabía. Lo que Jesús y Nicodemo han visto –la necesidad del otro nacimiento y la imposibilidad de un ser humano de llegar a Dios por sus propias fuerzas—es lo que tiene que atestiguar. Testificar o atestiguar, no tienen que ver con opiniones que se pueden debatir, sino con una solemne declaración de la verdad. (Tenemos que recordar que Nicodemo llegó confesando que Jesús era un maestro *enviado de Dios* y afirmando que había hecho *señales* que nadie puede hacer si no está Dios con él.) Jesús había dicho cosas “terrenales”, cosas que se pueden confirmar en la tierra, si Nicodemo dudaba de estas cosas “terrenales” ¿cómo iba a entender las cosas celestiales, las cosas que se saben solamente por la revelación especial de Dios? Jesús pone el ejemplo de la serpiente que Moisés levantó en el desierto –una cosa terrenal—para dar testimonio de Jesús el Cristo –una cosa celestial. La serpiente fue levantada para la cura de la gente --obra de Dios, por medio de la fe. Así hay que ver al Cristo y creer que Él sería “levantado” (en la cruz) para que aquel que en Él cree no se pierda. Éste tendrá vida eterna, es decir, *ver* y *entrar* en el reino de Dios.

Lo que sigue, en los versículos del 16 al 21, resume y reafirma esta enseñanza. Lo afirma positivamente (v.16) y negativamente en los vv. 17-20. El v. 21 vuelve a afirmar y reafirmar de nuevo el punto principal.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 10

JESÚS Y NICODEMO Cuarta parte & DISCURSO FINAL DE JUAN

Lectura bíblica: Juan 3:16-36

Jesús terminó su conversación con Nicodemo con su propio comentario sobre el evento. Este comentario empieza con unas de las más conocidas palabras

de Jesús, y, para muchos, un resumen del evangelio, preciso, condensado y comprimido. Habla de la grandeza del amor de Dios. Es insuperablemente grande ⁽¹⁾ por el objeto de este amor: el mundo; ⁽²⁾ por la expresión de este amor: ha dado su propio hijo; y ⁽³⁾ por el doble efecto de este amor: (negativamente) el creyente no se pierde, y (positivamente) tiene vida eterna.

En el contexto, tenemos que concluir que tener “*vida eterna*” equivale a *ver* y *entrar* en el reino de Dios. Dios es Dios de los vivos, no de los muertos. Y la vida de los que viven es vida eterna. Tener vida eterna es estar en el reino. Y estar en el reino es tener vida eterna. Los que están en el reino y tienen vida eterna son los que han tenido otro nacimiento, el que es desde arriba. El único lugar donde se puede vivir la vida eterna es en el Reino de Dios.

En este comentario, Jesús divide la humanidad en dos partes: los que creen y los que no creen. El que cree no es condenado; el que no cree, desde antes, (ya) ha sido condenado. El creer (o el no creer) tiene que ver con Jesús, con saber Quién es el “unigénito” Hijo de Dios. Jesús es la luz que vino al mundo. La luz revela la maldad de los malvados, y ellos aborrecen la luz. Por otro lado, el que practica la verdad anda en la luz, y sus obras son manifestadas como “hechas en Dios”.

Aquí hay una “brecha” en el ministerio de Jesús. Juan lo indica con las palabras “Después de esto” (v.22). Sin embargo, a pesar de esta discontinuidad en el ministerio de Jesús, hay una continuidad en su enseñanza de Juan el Evangelista quien vuelve al ministerio de Juan Bautista y su testimonio acerca de la verdadera identidad de Jesús. (Podemos encontrar también significado en la referencia al bautismo, ya que ha hablado de nacer de “el agua y del

Espíritu”, debido a que la mención de agua aquí, seguramente simboliza la purificación y el bautismo, y las abluciones judaicas.)

Juan el Evangelista regresa al ministerio de Juan Bautista ahora, después de que Jesús había iniciado su ministerio, para mostrar que su mensaje era el mismo: “*Yo no soy el Cristo, sino soy enviado delante de Él*” (v.28). Después de todo, la correcta identificación de la persona de Jesús es de suma importancia aquí. Debemos recordar que el mismo Nicodemo dijo que por las señales que hizo Jesús ellos sabían que Él era el maestro que ha venido de Dios. Luego Jesús se identificó como el “Hijo de hombre” (v.14) que tenía que ser “levantado” (La palabra “levantado” tenía un doble sentido, exaltado o elevado, por un lado, y condenado o sentenciado, por el otro. Nosotros, los que sabemos el resto de la historia, podemos apreciar la riqueza de esta expresión “preñada”).

Fueron los discípulos de Juan Bautista, quienes quizá pensaban que Jesús, como maestro popular, ilegítimamente reemplazaba a su preferido y querido maestro Juan, quienes llamaron la atención a su maestro sobre el inicio del ministerio de Jesús, y su aparente éxito. La discusión se extendió de entre los discípulos de Juan a los judíos que estaban presentes. Y metieron a Juan en la discusión. Él, pues, tenía que responder. Su respuesta es interesante.

“No puede el hombre recibir nada”, dijo Juan Bautista, “si no le fuere dado del cielo.” (Hemos de recordar que los judíos, en el tiempo de Jesús, no querían pronunciar la palabra “Dios” y en su lugar muchas veces decían cielo, o cielos. Entonces “dado del cielo” quiere decir “dado por

Dios”). Para nosotros, que no entendemos tan fácil y profundamente a los de aquellos lugares y tiempos, no captamos fácilmente el sentido de estas palabras. Decimos que sí, es correcto, pero, ¿qué tiene que ver con la noticia del inicio del ministerio de Jesús, y que use los mismos métodos que Juan Bautista?

Las palabras se aplican, en primer lugar, a Juan mismo. Lo que él tiene es lo que Dios le ha dado, no más. Dios le dio la tarea o el oficio, de precursor. Es el que andaba delante del Rey para anunciarlo. No era el Rey mismo. Lo había dicho varias veces y en distintas ocasiones. Lo que él había recibido desde el cielo es el llamamiento de ser el que anunciara y presentara El Rey. Luego agrega Juan Bautista: Ustedes mismos son testigos de que dije, Yo no soy el Cristo, sino soy el enviado, delante de Él.

Luego, Juan Bautista da su personal testimonio en cuanto a su contentamiento y satisfacción. Lejos de sentir envidia, rivalidad, celos o sentirse molesto por la actividad y éxito de Jesús, él se siente gozoso como el gozo del amigo del novio en las bodas del novio.

Ya, dice Juan, me toca a mí estar en segundo (o tercero o cuarto) lugar. Es necesario, es indispensable, es forzoso y es inevitable que el crezca. Mi ministerio ya se cumplió (gloriosamente), a mí me toca desaparecer, lentamente, es decir menguar.

Juan el Bautista, entonces pronuncia, su sermón de despedida. Aquí, Juan el Evangelista nos da un resumen. Podemos estar seguros de que el sermón fue mucho más largo. Juan el Evangelista resume en estas palabras todo el ministerio y mensaje de Juan Bautista en las propias palabras de Juan Bautista, a fin de que entendamos bien el ministerio y mensaje, no tanto los de Juan Bautista, sino los de Aquél a quien Juan anunció.

Notamos primero que Juan el Bautista, en su testimonio, hace énfasis en “Él que viene de arriba”. Nos hace recordar las palabras de Nicodemo, que son (en cierto sentido) su profesión de fe: “Sabemos que has venido de Dios...”. El que lee cuidadosamente el evangelio sabe que Nicodemo y Juan se refieren a la misma persona, este “logos [verbo] que se hizo carne (1:14). No cabe duda: Nicodemo ciertamente sabía del ministerio de Juan

Bautista y había escuchado su testimonio, y Juan Bautista caracterizó a todo su ministerio como de “dar testimonio”. Si volviéramos a leer todas las palabras de las que Juan el Evangelista reporta sobre lo que dijo Juan el Bautista, quedaríamos impresionados con el sentido de llamamiento de Juan el Bautista de que tenía que dar testimonio, de ser testigo al verdadero Rey.

Éste que viene de Dios ha de ser el verdadero Rey porque es sobre todos. El que (cualquiera) es de la tierra es terrenal, es decir, es creado, es parte de la creación. En este sentido, es terrenal. No es autónomo, no es su propia ley, no se pertenece a sí mismo; pertenece a su dueño, su Creador. Por otro lado Él que viene del cielo (de Dios) es sobre todos, es decir, es el verdadero Rey.

El que testifica, de lo que vio y oyó testifica. Lo ha hecho, lo está haciendo y nadie le cree. Sin embargo, el que recibió el testimonio, el que recibe el mensaje de Dios, este testigo sabe que el testimonio es verdadero porque viene de Dios, y Dios dice la verdad. Es veraz. Si Dios ha enviado este testigo, las palabras que dice son las palabras de Dios. Es, por eso, “inspirado”, habla porque es llevado por el Espíritu Santo, y Dios no da el Espíritu “por medida”, o sea, en cantidades limitadas. (Diríamos nosotros, “por cucharadas”).

[Aquí debemos recordar lo que hemos visto antes, en capítulo 1, versículos 32-34. También debemos recordar que Juan el evangelista escribe su Evangelio una generación después de los otros evangelios, y casi todos habían leído, u oído, de los otros evangelistas lo que habían escrito en sus Evangelios--Mat. 3:16-17, Marcos 1:9-11, Lucas 3:21-22—donde leemos que Jesús fue el “amado” del Padre.]

Juan afirma, entonces: El Padre ama al Hijo, y todas las cosas las ha entregado en su mano. Él es el verdadero Rey.

La forma de entrar en el Reino es creer en el Hijo. El que cree en el hijo tiene vida eterna, que es ver y entrar en el Reino. El que cree tiene la vida, es decir, está en el Reino, pero el que rehúsa creer no verá la vida.

Así termina este sermón de Juan el Bautista, posiblemente el último que haya predicado.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 11

LOS DOS MAESTROS-LA MUJER SAMARITANA

Lectura bíblica: Juan 4:1-42

En el tiempo de Jesús la sociedad no tenía escuelas como instituciones formales. Los que algo tenían para enseñar, a cualquier nivel, se lanzaban como maestros y buscaban

alumnos. Por otro lado, los jóvenes (y a veces los ya no tan jóvenes), buscaban al maestro que les podía enseñar lo que ellos querían saber. Normalmente, los buenos estudiantes encontraron los buenos maestros, y así la cultura avanzaba, desde los oficios: la carpintería, construcción, hacedores de tiendas, tejedores, tintoreros, etc., por un lado; hasta las profesiones, por otro lado: los médicos, abogados, filósofos, contadores, oradores y teólogos. Los alumnos sostenían al maestro económicamente y el maestro se preocupaba por el desarrollo intelectual del alumno.

Las actividades de Juan Bautista, como las del mismo Jesús, cabían en esta categoría dentro de la estructura social de su tiempo; como también lo haría Pablo un poco más tarde. Más o menos, al mismo tiempo que Juan y Jesús, se ocupaba de estos quehaceres Gamaliel, el maestro de Pablo. Este sistema de educación estaba bien establecido desde el tiempo de la conquista griega y, por eso, sabemos de el gran maestro, de medicina, Hipócrates; de filosofía, Platón y Aristóteles; de matemáticas, Pitágoras; etc. Juan Bautista y Jesús de Nazaret cabían dentro de este sistema de educación.

Por supuesto, de tiempo en tiempo, había competencia entre los maestros, quienes buscaban a los mismos discípulos. La competencia muchas veces era provocada más por los discípulos que por los maestros, y a veces por otros que se aprovechaban de esta competencia para salirse con la suya en otras áreas. Esta es la situación que encontramos en el inicio del capítulo cuatro del evangelio de Juan Evangelista.

Los fariseos querían provocar discordia entre Juan Bautista y Jesús de Nazaret, ya que los dos era maestros de “teología popular” en las mismas zonas, y con mensajes muy similares. Obviamente, pensaban los

fariseos, habría de existir cierta competencia entre ellos dos, y sobre todo entre los discípulos de ambos. Por eso, los fariseos le hacían propaganda al hecho de que (aparentemente) Jesús ganaba más discípulos que Juan. (Juan había dicho que esto iba a pasar, y que tenía que pasar.) Como no les gustó el mensaje de ninguno de los dos, que era casi el mismo, pensaban que así podían hacerle daño a los dos.

Los fariseos tenían mal su mensaje. Ellos decían que Jesús bautizaba más gente que Juan Bautista, pero Juan Evangelista rectifica la información. Jesús no bautizaba, aunque sus discípulos sí lo hacían. (Tenemos que recordar que el bautismo del que se habla aquí es el “bautismo de Juan” que no es el bautismo cristiano, sino el “bautismo de arrepentimiento” –ver Hechos 19: 1-5, especialmente 3 y 4—, por eso Pablo bautizaba de nuevo a los que habían sido bautizados por el bautismo de Juan).

Cuando oyó Jesús esto, salió de Judea y fue otra vez a Galilea. Los fariseos se quedaron frustrados en su complot. No había competencia entre los dos ya que el ministerio de Juan era el de dar testimonio al Cristo. Juan buscaba, adrede, como parte de su mensaje, estar en segundo lugar.

El camino hacia Galilea pasaba por Samaria. Esta era la ruta más corta y más conveniente, pero muchos viajeros, especialmente los fariseos, tomaban otras rutas para evitar pasar por el lugar de los samaritanos. Jesús decidió irse por la ruta samaritana.

La ciudad de Samaria era la capital de “Israel”, al norte, formado por las diez tribus rebeldes, después del reinado de Salomón. Después de que las diez tribus quedaron destruidas por Asiria, dejaron de existir como pueblo; el pueblo, como tal, (de las diez tribus) se mezcló con otros pueblos (que era la política de Asiria para acabar con la

rebeldía nacida del nacionalismo), ya que en pocos años dejaron de existir las razas anteriores, quedando solamente las razas mezcladas, que, a falta de otra descripción - llegaron a ser "samaritanos", un raza "impura" - por razones geográficas.

Más tarde, esta zona regresó a formar parte del territorio judío y volvió a tener el nombre de "Israel"; y aunque reconocían la legitimidad del eterno reinado de la casa de David, en realidad, nunca se consideraron como el "pueblo del pacto". Los samaritanos eran muy despreciados por los judíos.

Los samaritanos adoraban a Jehová. Aceptaban el pentateuco como la "Palabra de Dios". Se regían por los diez mandamientos, pero no podían negar que eran de una raza de sangre mezclada. Aunque tenían muchos puntos en común, la expresión religiosa de cada grupo era diferente de la del otro, sobre todo en puntos formales, como en la definición de los lugares santos. (También en Samaria, debido a su historia, había una tendencia hacia el politeísmo.) La rivalidad entre los samaritanos y los judíos era como una manera de vivir, era habitual y cultural.

Después de algunas horas de viajar, a pie por supuesto, Jesús y sus discípulos llegaron cansados a Sicar, una ciudad en Samaria cerca del pozo de Jacob. Este pozo (como a un kilómetro de Sicar, era importante por su agua - la palabra griega generalmente señala un manantial - y por su significación histórico-religiosa - era un pozo que Jacob le había dado a José). Jesús se sentó junto al pozo. Ya que los discípulos tenían que alimentar al maestro, ellos se fueron a la ciudad para conseguir las provisiones, dejando solo a Jesús a lado del pozo.

Vino una "mujer de samaria". Está entre comillas porque la expresión quiere decir "de la zona", o sea, es samaritana. (Ella no viene de la ciudad de Samaria que distaba muchos kilómetros de allí; consulte el mapa.) Ella llegó a sacar agua, pero Jesús le habló. Le pidió agua, de ella, de su mano.

Aquí hay tres cosas raras: ¹⁾ Jesús, siendo maestro [rabí], se dirige a una mujer, ²⁾ Jesús, siendo judío, se dirige a una samaritana y ³⁾ pide que le de agua, la cual se puede dar solamente en un utensilio y los judíos no pueden usar ningún utensilio tocado por la mano de un gentil. Podemos decir, entonces, que Jesús cruza fronteras para cumplir con la completa y correcta revelación de su ser, es decir, para revelarles a esta mujer quién es Él (ver. v. 26).

Ya hemos mencionado muchas veces, porque es importante, que dentro de los propósitos más sobresalientes del ministerio de Jesús están dos: el de preparar a sus discípulos para su ministerio y el de hacerse conocido, para que toda la gente, hasta los samaritanos, supieran quién era. Jesús, el soberano Salvador, aquí se está identificando, mostrándose, por medio de una mujer, como el Salvador, también, de los samaritanos.

La mujer samaritana, sorprendida y sospechosa, responde expresando su sorpresa. Pregunta: ¿Cómo es eso, tú, judío pides un favor de mí, mujer y samaritana?

Jesús responde y quita la sospecha, pero aumenta la sorpresa. Jesús le dice (en efecto): tú no me conoces. Si hubieras sabido quién soy yo, el que te pidió "dame de beber", tú me habrías pedido agua a Mí. Yo te hubiera dado agua viva.

La mujer no cayó cuenta. Dijo que el pozo era hondo y, además, no tenía él nada para sacar el agua. ¿De dónde, pues, sacas esa "agua viva"?

Pero ahora le entra otra sospecha a esa mujer. A lo mejor, piensa ella, tiene que ver con algo religioso. Después de todo, estaban en el pozo de Jacob, un lugar santo, y, no cabe duda, es algo especial tomar el agua del pozo de Jacob. Ahora bien, si éste ofrece "agua viva" ha de ser algo especial. Sin embargo, su pensamiento, aunque admitía algo de lo sobrenatural, no escapaba lo material. Pensaba en agua, como agua.

Jesús corrige su pensamiento. Le habla de la vida eterna. Esta agua salta de otra fuente, y el agua que de ésta fuente salta es para la vida eterna. Es agua que no solamente quita la sed, ni es lo más importante, esta agua será una fuente misma. Esta agua será, en la persona que la recibe, una fuente de agua que salte para vida eterna.

La mujer dijo que esta era el agua que ella quería. Dame esa agua, dice ella, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla.

Jesús no contesta ahora. Nada más dice: Ve, llama a tu marido y ven acá. *(Con estas palabras empieza otra parte de esta historia, la que vamos a estudiar la semana que entra.)*



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 12 LA SAMARITANA

Lectura bíblica: Juan 4: 1-42

Después de recibir algunas instrucciones de Jesús, la mujer Samaritana tuvo que admitir una situación bastante vergonzosa.

Jesús le había dicho que fuera a llamar a su marido.

Ella tuvo que confesar que no tenía marido. Esto en sí no es tan vergonzoso; pudiera haber sido viuda, soltera, solterona o “quedada”. Cada uno de estos estados tiene su propio grado de tristeza, quizá, pero ninguno es realmente vergonzoso.

La vergüenza viene con la respuesta de Jesús. Él sabía de su caso, entonces dijo: Bien has dicho: No tienes marido; porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes, es marido de otra (no es *tú* marido, o, no es marido *tuyo*): esto que has dicho, es la verdad. Esto sí es vergonzoso; peor aún, pensaba esta mujer samaritana, este señor-extranjero, judío - lo sabe.

Sin embargo, la ética, o, moralidad, no fue tema de conversación, como tampoco la vergüenza. El tema era ¿Quién es este señor? Para averiguar, la mujer, cautelosamente dijo: “Señor, me parece que tú eres profeta”; lo dijo como hipótesis, una proposición condicional, algo que se había de comprobar. No es precisamente una pregunta, pero está muy cerca de serlo. Pero podemos notar que el evangelista Juan, que escribe este relato, nos hace ver que uno de los asuntos principales de esta historia es la revelación de quién es Jesús.

Podemos preguntar (y debemos hacerlo) ¿Qué preguntaba la mujer cuando dijo que tal vez Jesús era un profeta? ¿En aquel lugar, y en aquel tiempo, qué se entendía por “profeta”? Si Jesús dijera que sí lo era o que no lo era, ¿qué diferencia hubiera resultado? Parece que ella estaba convencida de que Jesús era un profeta.

El profeta es el que tiene información especial. La información que tenía se relacionaba con una comunicación de Dios y expresaba la voluntad de Dios. El profeta tenía que comunicar esta información. El profeta difundía este conocimiento. Los “hijos de los profetas”, es decir, sus discípulos, repetían las enseñanzas de sus maestros, pero también se llamaban profetas.

La posesión de información especial (que extranjeros no sabrían) como en este caso, ya que se trataba de información privada (de la historia matrimonial de esta mujer), le hizo pensar que Jesús era profeta. Por eso, se atreve hacerle una pregunta en cuanto a la adoración de Dios.

La pregunta tenía que ver con dónde. ¿Dónde se debe ir para adorar a Dios? El problema era mucho más grande que los problemitas caseros de la mujer y, para ella, más importante. Ella quería saber cómo llevarse bien con Dios y, para eso, el saber del lugar correcto era de suma importancia.

Ella sabía de los argumentos a favor de dos lugares ¹⁾ en este monte, dónde estaban ahora, o ²⁾ en Jerusalén. Algunos comentaristas piensan que la mujer samaritana quería cambiar el tema para desviar la conversación a otro asunto que el de su moralidad privada. Era un tema controvertido ya desde varias generaciones, y muy discutido. Siempre servía para desviar una conversación, sobre todo, una tan desagradable como los hábitos íntimos de esa mujer. Pero, se nota que la forma de relatar el episodio en el texto, Juan (parece) quiere dirigir nuestra atención al tema de la correcta identificación del Mesías, que según el relato, también era una verdadera preocupación de la mujer samaritana (ver v.25). Además, no creo que podemos pensar en que la atención de Jesús pudiera ser desviada por la astucia de esa mujer.

Jesús toma en serio su pregunta. Se dirige al problema de ¿dónde se debe adorar a Dios? La respuesta es sencilla, dice: ni aquí ni allá. Los dos lugares son provisionales, esto es, relacionado con los tiempos, pero el tiempo (la hora) viene, dice Jesús a la mujer, cuando ustedes no adorarán ni en Jerusalén ni aquí. Ustedes adoran en ignorancia, es decir, lo que no saben.

Nosotros (los judíos que vamos a Jerusalén para adorar) adoramos lo que sabemos.

Estas son palabras duras. Aun para nosotros. Si recordamos que los samaritanos aceptaban solamente el pentateuco (los cinco libros de Moisés) como la Palabra de Dios, y rechazaban los escritos de los profetas, los libros históricos, Salmos y los libros de sabiduría. Ustedes, entonces, dice Jesús, no conocen al Dios que adoran. Para hacer un verdadero culto, para adorar a Dios, de veras, es necesario conocer al Dios Verdadero. Si vamos a adorar a Dios tenemos que conocer al Dios que Adoramos (*aunque no es absolutamente necesario leer el libro que lleva este título*). Si no conocemos al Dios que adoramos, estamos en la misma situación que los samaritanos.

Con su conocimiento de Jehová basado en su revelación, y tomando en cuenta sus promesas, Jesús puede afirmar que los judíos conocen lo que adoran. Y las promesas, sobre todo las mesiánicas, han de cumplirse entre los judíos (y en Jerusalén). “La salvación viene de los judíos.”

Entonces, la hora viene, y *ahora es*, cuando la adoración se juzgará por otro criterio, no con referencia al lugar. Es una predicción. Jesús le avisa a esta mujer que dentro de poco estos lugares serían destruidos y no sería posible rendir culto en estos lugares. La mujer había puesto énfasis que *nuestros padres* habían designado este monte, pero Jesús le habla de adorar *el Padre*, que no tiene que ver con lugares.

La hora viene y ahora es en que los adoradores que el Padre busca lo van a adorar “en espíritu y en verdad”. Los adoradores lo adorarán no externamente y formalmente, parados en el lugar correcto y en la postura y actitud aceptables, sino en un sincero espíritu recto y en plena veracidad. Algunos intérpretes escriben “Espíritu” con mayúscula porque piensan que se refiere al Espíritu Santo y “Verdad” en el sentido de una revelación especial, poniendo el énfasis en la experiencia humana en el culto. A veces es como abogar por una experiencia casi “mística” para autenticar la experiencia del culto. Más bien, la expresión se refiere a una consciencia plenamente informada de Quién y cómo es Dios y una aceptación de la veracidad de todo lo que ha dicho —y dice— Dios, y un sincero deseo de oír lo que Él dice. No es simplemente buscar el correcto “protocolo” como es necesario cuando uno está en presencia de la “realeza”, aunque no acepte la idea de realeza. Es, más bien, acercarse a Dios, conociéndole por Nombre y como Padre, con plena consciencia de su gracia y nuestro pecado. Es, como se ha dicho, estar consciente de

estar en la presencia de Dios y sentirse perfectamente cómodo allí.

La mujer respondió: yo sé que ha de venir el “Mesías” (hebreo), en griego llamado “Cristo”. Y con Él viene la Verdad, ya que Él nos declarará todas las cosas. Ella, en efecto, dice, cuando venga el Mesías, el Cristo, ya podremos adorar a Dios en espíritu y verdad.

En esto, llegaron sus discípulos, y se maravillaron que él estuviera hablando con una mujer, sin mencionar que era samaritana. La mujer, mientras, aprovechó, dejando su cántaro allí, para ir corriendo a la ciudad para declarar que este señor en el pozo era el Cristo. Parece que la gente de la ciudad respondió en masa, para ver a este señor --¿el Cristo?—quien sabía todo lo que la señora samaritana había hecho.

Ya, habiendo regresado de la tienda —o del mercado, los discípulos querían dar a Jesús algo de comer, ya que fueron a la ciudad para comprar comida. Pero, a Jesús no le interesaba la comida. Le rogaban que comiera, pero Él les dijo que tenía otra comida, que ellos no sabían.

Les dijo Jesús: “*Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra*”

Ustedes dicen que falta todavía algún tiempo para la siega. Esto depende de lo que se siembra. Y si sembramos la Palabra de Dios... ¿tendremos que esperar la cosecha?

En esto, llegó la multitud de samaritanos a ver al *Cristo*, ya que muchos “creyeron en Él por la palabra de la mujer” (v.39). Les llegó la cosecha a los discípulos.

Ellos, creyendo que era el Cristo, le pidieron que se quedara con ellos. Y Jesús, para ayudar con la cosecha, se quedó dos días con ellos. La fe de muchos quedó confirmada. Su palabra tenía una eficacia especial, y muchos (pero, muchos) creyeron por su palabra. Decían a la mujer que creyeron no solamente por el testimonio de ella, sino más aun, por la misma palabra de Jesús.

Juan el Evangelista nos muestra con esta historia de la mujer samaritana, la mujer en el pozo, que Jesús en esta historia cumplió con dos de los propósitos principales de su ministerio: Enseñó a sus discípulos y se hizo conocido. Ya, hasta los samaritanos sabían Quién era.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 13 EL OFICIAL DEL REY

Lectura bíblica: Juan 4: 43-54

Después de estar dos días más en Samaria, Jesús emprendió el viaje hacia Galilea, [aunque] él mismo había dado testimonio de que un profeta nunca es honrado en su propia tierra. Esta es

la forma de Juan de decir que se fue adrede, a propósito y deliberadamente a su propio territorio. No hay casualidades en el ministerio de Jesús. Todo lo que hizo, lo hizo con premeditación, para cumplir con su ministerio. Todo su ministerio era hacer la voluntad de su Padre, e ir a Galilea era parte del plan de su Padre.

Cuando llegó a Galilea, los galileos le estaban esperando, porque algunos de ellos habían visto todo lo que había hecho y dicho en Jerusalén (2:23-25). No sabemos qué tipo de recepción esperaba a Jesús. El comentario de Juan, que leemos en el versículo 44, nos hace esperar una recepción negativa, aunque el hecho de que los galileos, que habían ido a la fiesta (la pascua) en Jerusalén vieron allá lo que Jesús hacía, y oyeron lo que decía, nos hace pensar en lo positivo. Es posible que desearan ver y oír más. También es obvio que ellos habían contado las “hazañas” de Jesús en Jerusalén y, por eso, toda la población estaba a la expectativa.

Lo que vieron era las “señales”. Juan hace, en todo su libro, un énfasis en las “señales”. Una señal es algo que apunta a otra realidad. En este mismo capítulo, que estamos estudiando ahora, Juan declara que esta era la segunda “señal” que Jesús hacía en Galilea (4:54). (Tenemos que recordar que Juan nos dijo que el cambiar el agua en vino era el “principio de señales que hizo Jesús” en Caná de Galilea (2:11)). Hoy en día, hablaríamos de “milagros”, poniendo énfasis en lo inesperado y lo aparentemente inexplicable. Lo que nosotros llamamos milagros, Juan llama “señales”. Y la “señal” quiere decir que a algo señala, o apunta.

Esto también es algo que debemos notar: que Juan, quien nos relata esta historia, nos hace pensar también en el cambio de agua en vino (4:46). ¿Será que nos quiere poner a pensar en “señales”? Para Juan, si el milagro es milagro, lo es en segundo lugar, primeramente es “señal”. Si es “señal”, entonces, significa algo, apunta a algo fuera de sí mismo, hacia otra cosa, o hacia una verdad. Si no señala no es señal, por tan milagroso que sea el acto o el evento. Cuando Juan habla de “señales”, tenemos que preguntar: ¿Qué señala? ¿Qué significa? ¿Por qué llama este acto o este evento una “señal”?

Ahora bien, tenemos que notar que Jesús hace estas “señales” en el lugar donde menos le van a honrar como profeta. Cita el refrán para llamar la atención sobre esto. Jesús hizo mención a este refrán en varias ocasiones, ver Mateo 13:57, Marcos 6:4; Lucas 4:24. Todas las veces que dijo este refrán, estaba en su propia tierra, pero un estudio de los contextos revela que cada situación era diferente. Esto nos hace pensar que el uso del refrán era frecuente en el ministerio de Jesús. Presentará las “señales” donde menos puede esperar que las vayan a aceptar. Esta gente será la más difícil de convencer.

En este lugar, donde había convertido el agua en vino y donde ahora todos estaban hablando de Él, ya que muchos testigos hablaban de lo que Jesús había hecho en Jerusalén en la fiesta; había un oficial del rey que oyó todos los rumores acerca de Jesús. Sabía, por los rumores, que este Jesús hacía cosas inusitadas. Había curaciones y sanidades que le eran atribuidas. Deseaba mucho que fuera verdad lo que había oído de Jesús, porque su hijo estaba enfermo y quería, obviamente, que Jesús lo sanara.

No debemos pensar en el hijo como si fuese un niño, un jovencito. El texto en griego no permite esta interpretación. Ni podemos concluir que era el único hijo, como algunos afirman. Más bien, era el que llevaba la primogenitura, el que era indispensable en la administración de la propiedad de la familia, o el que iba a ocupar el puesto de su padre, o aseguraba la continuidad del negocio y el futuro del linaje.

El oficial, que era de Capernaúm, le pidió a Jesús a que *descendiera* de Caná, donde estaba, hasta Capernaum, el lugar del oficial, una distancia de unos 30 ó 40 kilómetros. Si la velocidad normal de caminar es 5 kilómetros por hora, es como 6 u 8 horas de viaje. Por eso, más tarde en el relato, cuando el oficial salió para regresar a su casa *descendió* y sus siervos le encontraron en el camino el día siguiente. Descendió porque Cana está en las montañas y Capernaum está en la playa del mar de Galilea, que es bajo el nivel del mar (mediterráneo).

La reacción de Jesús a la petición del oficial nos llama la atención. Aparentemente la reacción es pública, ya que se dirige a la multitud. A ellos les dice “si no vieréis... no creeréis”. Que en nuestra manera de hablar es “si no ven ustedes, ustedes no creerán.” Esto lo dice a la multitud ¿incrédula? Al oficial del rey le dice otra cosa. Le dice: “Ve tu hijo vive”.

Nosotros, los que leemos este Evangelio, y leemos las Palabras de Jesús, tenemos que ponerle a estos dichos el tono de voz- ¿Cuál fue el tono de voz de Jesús cuando pronunció estos dos parlamentos? ¿Dijo los dos con el mismo tono de voz? ¿No será que a algunos, a los incrédulos, había un tono tosco, duro y áspero, y al otro, al padre, un tono más suave, compasivo y seguro? La verdad es que nosotros, los que leemos estas palabras, tenemos que ponerle el tono a la voz de Jesús.

En esta ocasión, no solamente el oficial del rey, sino todas las gentes, tenían que notar la autoridad con que hablaba Jesús. Seguro que no fue el aspecto formal de la voz de Jesús que convenció al padre, ni la forma del argumento, ni la lógica incuestionable, fue simplemente una manifestación del poder de la Palabra de Dios. Y esta parte del relato es lo más milagroso: “*El hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue*”. ¿La palabra que Jesús dijo? Fue sencilla y breve: “Ve, tu hijo vive”.

Pablo, en I Corintios 1:221-23 comenta el hecho de que los judíos buscaban señales, pero que la Palabra, la predicación, es lo que Dios emplea para dar la salvación. Es la Palabra lo que da vida. La búsqueda de señales es la búsqueda de prueba, en términos humanos. La búsqueda de señales implica incredulidad, duda, desconfianza y manifiesta la idea de “no voy a creer sino hasta que me lo prueben”. La búsqueda pone la norma final, el criterio último, en uno mismo. La búsqueda en su esencia niega la naturaleza de la señal, ya que la señal indica, denota, demuestra, advierte, es decir, señala. El oficial del rey interpretó lo que oyó acerca de Jesús, por los rumores de los galileos, como señal, y buscó a Jesús, confiando de que Él podía dar vida. Jesús le mostro que había interpretado bien la señal.

No es que el oficial del rey dudara, sino que - por la incredulidad de los demás, por los que “si no ven señales y prodigios, no creen” - Jesús, el Señor de la historia, proveyó la confirmación de su Palabra. Después de que había salido el oficial del rey, en el camino a su casa, le encontraron sus siervos. Ellos le tenían un mensaje (noticias de lo que el oficial del rey ya sabía). El mensaje era “tu hijo vive”. Eran precisamente las mismas palabras que Jesús le había dicho. Ellos repitieron exactamente lo que antes Jesús había dicho al oficial.

El oficial preguntó acerca de la hora en que se había mejorado el muchacho. Ellos le dijeron: ayer a las siete (a la una de la tarde). El oficial, entonces, se dio cuenta que fue la misma hora que Jesús había dicho “tu hijo vive.” Ya sabía que la sanación de su hijo no podía atribuirse a otra causa que a la palabra de Jesús. Por su testimonio creyó toda la casa del oficial. (“Casa” en aquel entonces, y en el uso en el Nuevo Testamento, incluía no solamente la familia sino todos los siervos y empleados, algo semejante a la “hacienda” en el México colonial.)

Como ya hemos notado, Juan termina este relato, es decir, este episodio en la historia del ministerio de Jesús, haciendo énfasis sobre el hecho de que esta era la segunda señal que hizo Jesús, y lo hizo en Caná, que está en el camino de Judea a Galilea.

Ya hemos notado antes, y vale la pena notarlo constantemente en el estudio de este Evangelio (y los

otros) que los prodigios de Jesús son correctamente interpretado como señales.

En primer lugar, estos prodigios (que nosotros llamamos “milagros”) son señales de quién es Jesús. Uno de los propósitos del ministerio de Jesús era el de mostrar a su pueblo, a los que por la profecía le esperaban, que Él era el Mesías. Los discípulos en especial, pero también su pueblo en general, que eran más que solamente los judíos, tenían que saber esto. No podían predicar el evangelio, la Palabra de Dios, sin saber, a ciencia cierta, quién era Jesús. Las “señales” eran los indubitables indicadores de su divina persona. Las “señales” no son tanto pruebas para los incrédulos, sino confirmación para el pueblo de Dios. El milagro no convence al incrédulo; los incrédulos siempre buscan otra explicación, especialmente hoy en día. El pueblo de Dios siempre está confirmado en su identificación del Hijo de Dios. Esta seguro, y proclama esta verdad con seguridad.

Todo esto era para que los discípulos recibieran una preparación adecuada para su propio ministerio, después de que Jesús cumpliera con el suyo propio. Tenían que saber del poder de su Palabra y proclamarla. Esto está en efecto hasta hoy. Estos relatos del ministerio de Jesús, repletos con “señales, todavía sirven para la preparación de sus discípulos. Por eso, confirmados en el conocimiento de Jesús y en el poder de su Palabra, tenemos que proclamar estas verdades con seguridad.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 14 EL PARALÍTICO

Lectura bíblica: Juan 5: 1-18

Ya estamos con el tercer milagro narrado por Juan en esta parte de su evangelio. Hubo uno antes, el agua convertida en vino en Caná, antes de la experiencia con Nicodemo. Ahora, después

de esta conversación, uno tras otro, nos informa de tres más. El milagro que estudiamos hoy, entonces, es el tercero de esta cadena. Ya son cuatro en total, y el primero y el tercero fueron hechos en Caná, y el autor los llama “señales”. Es muy posible, y altamente probable, que Jesús (y Juan) llamaría a todos los milagros señales, pero que llama la atención sobre el hecho de que dos de ellos fueron hechos en Caná (2:11 4:54) para mostrar que había resistencia en su propia tierra y que, por eso, se requería más testimonio concreto sobre quién realmente era Jesús. También es posible que lo “milagroso” de la actividad con la mujer samaritana, en tiempos de Juan, no fuera considerado precisamente como “señal”.

Pero, ahora está en otro lugar; está en Jerusalén, en el estanque llamado Betesda, cerca de una de las entradas a la ciudad y, por esta razón, donde hay mucho tránsito. El estanque tenía cinco entradas, es decir, estaba acomodado para atender a las gentes. Parece que el estanque era un manantial y que nunca faltaba el agua. En las entradas, en las puertas, solían juntarse los que venían al estanque para sufragar los gastos de la vida, pero dependían de la generosidad de otros. El texto dice que eran los enfermos, ciego, cojos, y parálíticos y que era una multitud.

Ahora bien, las últimas palabras del versículo 3, “*que esperaban el movimiento del agua*” y todas las palabras del versículo 4, “*porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque y agitaba el agua: y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese,*” no están en ninguno de los mejores y más antiguos manuscritos del Evangelio de Juan. Más bien son palabras agregadas, como una explicación, por un copista en algún tiempo antes de la

traducción de Jerónimo al latín (c.400). De hecho, algunos manuscritos tienen estas palabras en el margen y no en el texto. El asunto está bien estudiado por los expertos, tanto los conservadores como los liberales. (El muy conservador comentarista, bien conocido entre nosotros, Guillermo Hendriksen, es de la opinión que estas palabras no formaban parte del texto original del Evangelio de Juan.) Sin embargo, en el versículo 7, leemos las palabras del parálítico y es muy evidente que él creía en la realidad de la agitación del agua, aunque no dice nada acerca de los ángeles. Podemos solucionar el problema insertando las palabras “*muchos creían que*” entre el “porque” y “un ángel, en el versículo 4, para que leamos, “*Porque muchos creían que un ángel...*”.

Después de hacer una lista de los tipos de necesitados que había a las puertas del estanque, nos dice que entre ellos, había un parálítico. (En la Biblia, especialmente en los Evangelios, la parálisis ejemplifica el pecador, ya que está totalmente incapacitado, impotente por completo, para ayudarse a sí mismo. Depende por completo del otro.) Este hombre tenía 38 años de sufrir su enfermedad, es decir, no había posibilidad para dudar de la realidad de su situación. Existía el testimonio de muchas personas, por muchos años.

Jesús toma la iniciativa. No espera la petición del parálítico, ni de otro, sino pregunta al parálítico si quería ser sano. Parece que en esta situación esta pregunta sale sobrando. Para esto estaba él allí. El parálítico hace énfasis en su impotencia. El relato hace resaltar su total incapacidad. Ya tiene 38 años de frustración. Es un retrato preciso, pero análogo, del pecador.

En este contexto, el relato también hace resaltar la palabra del Señor Jesús. No solamente habla con autoridad; habla porque tiene autoridad. Los discípulos estaban con Él. Ellos tenían que saber del poder de la Palabra y de la autoridad de Jesús - y ya hemos notado que dentro de los propósitos de Jesús estaba el de enseñar a sus discípulos quién era y mostrarles el poder de su Palabra.

Aquí notamos que el poder de la Palabra transforma cualquier incapacidad en capacidad, cualquier inhabilidad en habilidad. Es el poder de la Palabra lo que hizo capaz al paralítico para obedecer la orden de Jesús: *Levántate, toma tu lecho, y anda*. Y lo que no podía hacer el paralítico, lo hizo. Jesús nos dice “Creed en el Evangelio”. Y lo que no podíamos hacer, y lo que todavía no podemos hacer, esto hacemos: creemos en el evangelio. Las dos actividades son pruebas del poder de la Palabra de Jesús.

Sin considerarlo lógicamente, sin tomar una decisión, el paralítico obedeció. Jesús le dijo que se levantara, que tomara su lecho y anduviera, y lo hizo; pues, la Palabra le dio el poder para hacerlo.

Pero, luego, luego, su obediencia le causó problemas. Era el día de reposo, el *shabat*, el sábado, y no era legítimo trabajar o cargar cosas en el día de reposo, ni aun su lecho. La gente que allí estaba le hizo recordar esto. No te es lícito llevar tu lecho, le dijeron. El (que era) paralítico respondió: El que me sanó me dijo que lo llevara. Ellos, entonces, preguntaron, ¿Quién es el que te dijo que llevaras tu lecho?

El pobre ex-paralítico ni sabía quién era, y Jesús se había apartado de la gente y había ido a otro lugar. Pero, más tarde, encontró a Jesús en el templo, y Jesús le dijo que ya no pecara más para que no le viniera otra cosa peor. (Podemos imaginar que en estos momentos, el que ya no era paralítico, no entendía el sentido de estas palabras.) El fue y dio aviso a los judíos de que fue Jesús el que le había sanado.

Los judíos (más bien, sus líderes) desde entonces perseguían a Jesús. Era una persecución extrema: procuraban matarle. ¿La razón?... porque hacia estas cosas en el día de reposo.

Jesús respondió: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”. Esta respuesta causó más furor entre los judíos, porque, decían, al llamar a Dios su Padre se había hecho igual con Dios. (Y todo esto en el contexto del milagro, otra señal; pero los milagros no hacen creyentes; solamente la Palabra hace creyentes.)

Aunque Jesús vino a salvarlos, los judíos se oponían, y ahora tenían dos acusaciones contra Él: ⁽¹⁾ profanó el día de reposo, y ⁽²⁾ se hizo igual con Dios.

En esta situación, Jesús pronuncia un discurso o, podemos decir, les predica un sermón o les da una conferencia o, por lo menos, una plática. Este discurso, a igual que todos los discursos de Jesús, es de mucha importancia. Cada vez que escuchamos un discurso de Jesús tenemos que estudiarlo asiduamente. [Le hemos dado cierto énfasis al *Sermón del Monte* (Mateo 5-7) y al *Discurso de despedido* (Juan (14-17) pero son muchos otros discursos de Jesús los que debemos estudiar, Juan 5: 19-47 es uno de ellos (algunos otros son Mateo 23:24-25; Lucas 6:20-49; Lucas 10:2-16; Lucas 12:1-59; y muchos más)].

Jesús, en el inicio (vv.19-29) de este discurso, el que ahora estudiamos, ⁽¹⁾ se identifica como el Hijo de Dios y ⁽²⁾ muestra que su Palabra es Palabra de Vida. Todo tiene que ver con su identificación con el Padre, ya que los enemigos tenían razón: efectivamente se había declarado ser igual con Dios. Solamente que ellos lo tomaron como un engaño y mentira. Jesús entonces piensa que es conveniente aclarar el asunto.

Empieza dando por sentado la íntima relación entre el Padre y el Hijo. Están identificados en su actividad: los dos –Padre e Hijo—hacen lo mismo. Uno no actúa sin el Otro. Esto de dar vida, lo hacen los Dos, Esto de juzgar, lo hacen los Dos. Honrar al Hijo es honrar al Padre. Y tanto el Hijo como el Padre tienen vida en sí mismos. La Palabra del Hijo es la Palabra de Dios; la voz del Hijo es la voz de Dios.

Aunque este pasaje no habla directamente de la Trinidad, la doctrina de la Trinidad está implícita aquí. Se habla de la vida eterna; la vida eterna es obra del Espíritu Santo. La eficacia de la Palabra es la eficacia del que la inspiró, y la Biblia da fuerte testimonio de la inspiración de la Palabra de Dios, Padre e Hijo. Queda muy claro en la enseñanza

de Jesús que la singularidad de Dios abarca una pluralidad de “personas”. (Pongo la palabra “personas” ente comillas porque la palabra no es totalmente adecuada para expresar las tres “entidades” en la sola esencia de Dios.)

Pero, más que nada, Jesús está hablando aquí de sí mismo. Ya hemos visto, varias veces, que una parte importante y esencial del ministerio de Jesús era identificarse, hacerse conocido y proclamar que Él era el verdadero Prometido, el Deseado de las naciones, el eterno Rey y Dios Mismo. Este era uno de los propósitos de su ministerio. Por eso, en la primera parte de este discurso, es el tema principal de la exposición. Es de suma importancia que todos, especialmente los creyentes, tengan una idea, concepto, y apreciación de Quién es Él. Él es tal como lo identificó Nicodemo: “*sabemos que has venido de Dios como Maestro*, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.”



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 15 JESÚS Y EL PADRE

Lectura bíblica: Juan 5: 19-47

Como ya hemos visto, Jesús pronunció un discurso, grabado para nosotros en la última parte del capítulo cinco, en respuesta a dos acusaciones (v. 18). La primera era que

profanaba el día de reposo. Jesús no le dio mucha importancia a esta acusación; solamente dijo que su Padre trabajaba, entonces, Él también trabajaba. La segunda acusación era que, al llamar a Dios su Padre, se hacía igual con Dios. Esto era blasfemia para los judíos, pero Jesús insiste en que tienen razón: El Hijo es igual con el Padre.

Este es el tema principal del discurso, y está subyacente en todas sus partes. Lejos de hacer una falsa acusación, los judíos afirmaban una profunda verdad: se hacía igual con el Padre: Él también, igual con el Padre, era Dios. Lejos de cometer una blasfemia, Jesús había anunciado una profunda verdad.

Jesús inicia su discurso con una frase, muy habitual para Él, para llamar la atención a lo que está por decir. Es una técnica retórica de trasfondo judío, pero muy usada también en el mundo griego. Traducida en nuestras versiones la frase es: “de cierto, de cierto, os digo...”, sin embargo en griego (el lenguaje que Jesús hablaba aquí) dice “amén, amén...” que es una transliteración del hebreo que, por supuesto, se pronuncia igual. Es muy semejante a lo que hacen los profesores en sus clases, y lo que ha dicho muchas veces en clase el autor de estas líneas; dicen: “lo que les voy a decir, ustedes tienen que subrayar en sus apuntes y repasarlo con frecuencia...y no olvidarlo.” Más o menos este es el sentido de la frase “de cierto, de cierto, os digo”, y así lo tenemos que entender. Esta frase sirve al lector para avisarle que debe poner atención, porque lo que sigue es muy importante, esencial y, muy probablemente, bastante difícil; aunque es como una clave para entender la profundidad del pensamiento que sigue. Cada vez que vemos estas palabras en un parlamento de

Jesús, tenemos que estar en estado de alerta, atentos para recibir una enseñanza significativa.

Esta introducción, entonces, es clave, para la afirmación que sigue. Es un punto principal. Lo tenemos que tragar y digerir. Luego, en la estructura de su discurso, lo fortalece con tres “porqués”, los versículos 20, 21 y 22. Repite esta estructura. Otra vez en el versículo 24 usa la fórmula, “de cierto, de cierto...”, y lo vuelve a usar en el versículo 25. Las tres aseveraciones así presentadas están en íntima relación. Son: I. “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo”, II. “El que oye mi Palabra...tiene vida eterna”, y III. “...Los muertos oirán la voz de Dios”.

Este es un pasaje de importancia crítica en la enseñanza de Jesús. Su tema central es crucial. Su significación no siempre se reconoce, pero en ningún otro lugar en los evangelios encontramos una aseveración tan formal, sistemática, y ordenada acerca de la unidad del Padre y el Hijo, su cooperación coordinada y eficaz en la obra de la salvación, con tan profundas intuiciones de las sendas y singulares operaciones de las personas de la Trinidad, ya que por intuición, inferencia e implicación, la obra del Espíritu Santo está involucrada.

En el primer punto vemos que Jesús sostiene su aseveración, con tres razones, tres “porqués”. En la primera habla de su relación con el Padre; en la segunda habla de su función como juez, y en la tercera habla de la honra que merece.

El argumento aquí es típicamente rabínico. Usa como analogía la relación del hijo que entra en el negocio de su Padre y para hacerlo aprende el oficio de su padre. Pero lo hace como hijo, no como siervo, o, como jornalero. Hace lo

mismo del padre; lo que ve que el Padre hace, esto es lo hace el hijo. Todas las cosas que hacen, las hacen juntos. Lo que hace el padre es el modelo, es la pauta, porque el padre toma en su mano la mano del hijo para hacer lo que hacen, no porque uno imite al otro, sino porque el hijo está en manos del padre. Así, lo que hace el Padre, lo está haciendo también el hijo, y lo que está haciendo el hijo lo está haciendo también el padre. [Así yo aprendí a manejar un tiro de caballos en los trabajos del campo, siendo muy joven, y todavía, hoy en día, en mi imaginación recordativa, puedo sentir las manos de mi padre cuando juntos manejamos los caballos.] (¿Recuerdan ustedes las palabras de Jesús cuando se defendía contra la acusación de profanar el día de reposo: mi Padre trabaja y yo trabajo? –v.17)

La analogía sigue: la relación de Padre e Hijo es una relación de amor y cariño. Es una relación constante e inquebrantable; es la expresión de una mutua coordinación afectuosa, y un enlace, nexo o trabazón bondadosamente recíproca. Las cosas que hacen el Padre y el Hijo, las hacen juntos, unidos de esta forma. Y lo que hacen nos deja maravillados, y a lo largo van a ser más maravillosas todavía. Y en nuestra imaginación tenemos que tener en mente esta figura del padre e hijo, haciendo las cosas, juntos.

El negocio del Padre es “levantar muertos”. Este también es el trabajo del Hijo. El ministerio del Hijo, en el seno del Padre, sostenido por las manos del Padre, tiene el poder, la autoridad y la honra del Padre. De hecho, en esta relación no se puede distinguir quien lo hace, ya que lo hace el Padre lo hace el hijo, y lo que hace el Hijo, lo hace el Padre.

Esta unión de actividad, esta incesable obra conjunta, esta complementaria manera de trabajar juntos, hace que la “honra” consista en que quien determina la conformidad con las normas sea el Hijo. El Padre a nadie juzga, pues todo el juicio le ha dado al Hijo. Al que el Hijo hace justo, santo, recto y aceptable así es reconocido por el Padre. Los que cumplen con las normas del Hijo honran al Hijo y, al honrar al Hijo, rinden honor al Padre. No es posible, en este arreglo, honrar (o adorar) al Padre sin honrar al Hijo. Todo esto muestra la íntima e inquebrantable unión entre el Padre y el Hijo.

Los que decían que Jesús era blasfemo porque al llamarse Hijo se hacía igual con Dios, se equivocaban en cuanto a que no sabían que Jesús decía la verdad, y lo que ellos pensaban que era digno de una acusación de un crimen, era en efecto, una declaración de la verdad. ¡Qué falta de percepción espiritual: percibir como blasfemia lo que es una de las verdades centrales del evangelio y de la auto-revelación de Dios!

La bendición es para los otros, para los que oyen la Palabra de Jesús. Este es el contenido de la segunda aseveración (siendo esta la segunda vez, en este discurso, en que Jesús dice “de cierto, de cierto”): “el que oye mi Palabra...tiene vida eterna”. El que oye es el que cree en el que me envió, el Padre. Oír la Palabra de Jesús es escuchar el mensaje del Padre.

Casi “de soslayo” Jesús nos da una definición de la vida eterna. Dice que es: “no venir en la condenación, sino pasar de muerte a vida”. En otra ocasión Jesús dio otra definición de la vida eterna. En el mismo Evangelio de Juan, en el capítulo 17, versículo 3: “Esta es la vida eterna: que te conozca a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quién has enviado”. Vemos que no hay contradicción entre las dos definiciones. Oír la voz de Jesús es lo que emplea Dios para trasladar a los pecadores de la condenación (a la muerte) a la vida, la vida por la Palabra de Cristo.

El tercer “de cierto, de cierto”, extiende y amplía esta idea. Concretamente es “los muertos oirán la voz del Hijo de Dios”. Ya hemos visto: oír la voz del Hijo es oír la Palabra de Dios. Y todos los que la oyeren vivirán. Aquí viene otro “porque” (v. 26). Este “porque” es profundo y complicado, sin embargo se puede expresar sencillamente: ni el Padre, ni el Hijo son creados. Los dos, juntos, tienen (singular) vida en sí mismo. Ni el Hijo, ni el Padre, es (singular) causado, no debe su vida a otro. El Padre no creó al Hijo, ni es la causa de su existencia, sin embargo le concedió el poder de tener vida en sí mismo. [No soy capaz de explicar esto, y si fuera capaz, ustedes no serían capaces de entenderlo.]

A la vez, el Padre le concedió al Hijo la autoridad del juicio, es decir, poner la norma, estándar, pauta o criterio, y luego determinar quién cumple con esto. La palabra griega que se emplea aquí es *exousía* que incluye las dos

ideas ⁽¹⁾ de tener la habilidad y poder, y ⁽²⁾ el derecho de ejercerlo.

Esta concesión tiene su razón. La razón es que el Hijo se llama, también, el **HIJO DEL HOMBRE**. (v.27). Esta declaración basta para ponernos a pensar por muchas horas.

Sabemos que este es un término mesiánico (cf. Daniel 7:13- 14) que, a veces se entiende como sinónimo de “Hijo de David”. Jesús se refería a sí mismo tanto como “Hijo del Hombre” como “Hijo de David”. No cabe duda: aluden estos dos títulos mesiánicos a la encarnación, al hecho de que el eterno Hijo se hizo carne y moraba entre nosotros (Juan 1:14).

Históricamente, en el plan de Dios, el Señor de la historia, el juicio final está en manos del “Hijo del Hombre”. Aquí lo dice Jesús clara y directamente. En el juicio nos encontraremos con Aquél que se hizo carne por nosotros. Por eso, los que están en el sepulcro oirán su voz y serán resucitados en la resurrección a la vida. El aspecto positivo se presenta primero. Este es el propósito primordial, por eso vino el Hijo a encarnarse. También está el lado negativo. Algunos se despertarán a la condenación.

Debemos apreciar la coalescencia de todos los hilos del pensamiento de Jesús en este discurso en estos versículos.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 16

ALIMENTACIÓN DE 5000

Lectura bíblica: Juan 6: 1-24

En el versículo uno del capítulo seis, Juan nos avisa que está empezando otra sección de su Evangelio. Nos avisa esto cuando dice: “después de esto”, y cuando cuenta lo que pasó

en otro lugar, en otro tiempo. Algunos comentaristas piensan que este episodio ocurrió unos seis meses después del anterior, pero eso es pura especulación, y para entender a Juan no es necesario preguntar sobre lo que Jesús hizo en estos meses, ya que las ligas de la narrativa para Juan no son cronológicas, sino episódicas, ligando los episodios por su enseñanza, haciendo énfasis en las señales (v.2). Recordemos que, para Juan, lo que nosotros llamamos milagros, son señales.

Sin embargo, Juan menciona con precisión el lugar. Es el otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. El mar de Galilea era conocido por varios nombres: el mar de Genesaret, el mar de Galilea y el mar de Tiberias, dependiendo de qué lado se le acercaba. Para los romanos era el mar de Tiberias, para los judíos el mar de Genesaret y para los locales, y para otros, el nombre era geográfico, Galilea, por el territorio en que se hallaba. Este detalle muestra que Juan escribía no solamente, ni particularmente, para los judíos, sino también para los que no tenían idea de la geografía de estos terrenos.

La gran multitud seguía a Jesús. Él traía consigo a su propio público, que iba creciendo ahora como para hacer una grande congregación (v2). Sin embargo, tenemos que poner atención al comentario de Juan: “porque veían las *señales* que hacía en los enfermos”. No debemos pensar en esta multitud como una congregación de creyentes. Las personas de esta multitud no buscaban el reino de Dios, sino, más bien buscaban la buena salud y el alivio de sus dolores. Y les parecía que posiblemente este Jesús les podría dar lo que buscaban.

En el contexto de esta multitud Jesús subió a una loma y se sentaron con Él sus discípulos. Tenemos que notar la semejanza con Mateo 5:1, que es la introducción al Sermón del Monte. Ahí vemos un tema constante en los evangelios: Jesús enseña a sus discípulos en el contexto de las multitudes. El objetivo es el de alcanzar a las multitudes y el medio es la enseñanza a los discípulos. La iglesia actual, los discípulos de Cristo, tienen que aprender de Jesús y emplear su método. La mejor evangelización es la preparación de aquellos que van a enseñar y proclamar el evangelio del Reino; el no enseñarlos, es asegurar su ineficacia.

Juan menciona la época del año: era la época “cerca de la pascua, la fiesta de los judíos.” Tenemos que preguntarnos ¿Por qué lo menciona Juan? y ¿Por qué lo menciona aquí y no en otro lugar en la narrativa?

Tenemos que concluir que, debido a que el lugar está lejos de Jerusalén, donde se juntaban las multitudes para celebrar la pascua, la frase no está en función de explicar el tamaño de la multitud. No se juntaban para celebrar la pascua, sino que era la época de la pascua. Luego, es Jesús (y no Felipe) quien hace referencia a la comida. ¿Por qué Juan presenta a Jesús como aquel que dirige nuestra atención a la comida?

Una de las promesas implícitas en la celebración de la pascua es la de la provisión de Dios para el viaje. De la misma manera, un aspecto importante de la fe de las personas que salieron de Egipto era la confianza en que Dios los iba a sostener en el viaje. Más tarde, en este mismo capítulo, Juan presenta a Jesús como quien revela que Él es el pan de la vida (vv. 26-27, 32-32, 35).

Juan, el autor, nos explica que Jesús hizo la pregunta a Felipe, uno de los discípulos, para “probarle”. Ahora bien, el “probarle” no es lo mismo que “ponerle a prueba”. (Algunos comentaristas dicen que la palabra en griego puede traducirse como “tentar”, pero les falta “prueba”— en el sentido verdadero de “probar”). Probar quiere decir “mostrar como verdadero, real, confiable, o aprobado”. Probar, aquí, no es tentarlo, sino darle la prueba.

Felipe empieza de inmediato a calcular. Ya había visto las “señales” de Jesús, los actos que revelan la verdadera identidad de Jesús, que apuntan hacia su poder (ver versículo 14). No es tiempo para dudar, sino para actuar. Parece que Felipe era bueno para los cálculos y, luego, luego, sabiendo que eran como 5000 personas, dijo: costará como doscientos sueldos mínimos de un día (en términos de hoy sería como 15,000 pesos m/n) como mínimo, aunque insuficiente.

Todo esto no se hizo en privado. Andrés, el hermano de Simón Pedro, entró en la conversación. Dijo que era muy poco, pero allí había un muchacho que tenía cinco panes de cebada (el pan más corriente) y dos pececillos. **Entonces**, Jesús dijo: “haced recostar la gente”. Hay que notar que Jesús dijo “entonces” en el momento adecuado. Recostados era más fácil contar y servirlos. Eran como cien grupos de cincuenta.

Jesús tomó estos panes y pececillos. Lo hizo públicamente, después de todo estaba haciendo una señal. Nosotros diríamos un “milagro”, pero el evangelista Juan lo llama una “señal”, porque ha de “señalar” algo. De acuerdo con los buenos hábitos del pueblo de Dios de todos los tiempos, y hasta el día de hoy, públicamente dio a Dios las gracias. Luego repartió los panes y los pececillos a los discípulos, quienes lo repartieron entre los recostados.

No sabemos cuántos “discípulos” había con Jesús en esta ocasión (parece que fue más tarde cuando Jesús nombró 12 de ellos como “apóstoles”) pero aunque fueran 25, tenían bastante trabajo sirviendo a tanta gente.

(Aquí permítanme un “excursus”¹: En los Evangelios encontramos, en ocasión, cierto énfasis sobre los números. Los números logran distinguir el relato de lo mítico. Si había 25

¹“Excursus” quiere decir “salida del tema”

repartidores de pan y pececillos, eran 25 personas que podían testificar públicamente que participaron con Jesús en este milagro/señal. También había 5000 hombres que sirvieron de testigos del evento. Estos hechos hacen muy difícil negar la autenticidad de los Evangelios. No podemos dudar de la veracidad de lo reportado aquí.)

Cuando todos estuvieron saciados, es decir, satisfechos, se vio que les sobraba comida. Jesús mandó a sus discípulos recoger las sobras. Ellos lo hicieron. Las sobras llenaron 12 cestas. Y eran solamente las sobras de los cinco panes. Esta es una parte significativa del relato. La provisión del Señor no está limitada. Hay, y en abundancia. La abundancia aquí es un elemento importante de la señal. La provisión del Señor nunca se queda corta.

“Aquellos hombres”, entonces, entendieron que lo que hizo Jesús era una señal. “Aquellos hombres” eran sus discípulos, los que andaban con Jesús, porque querían aprender de Él. Jesús siempre pensaba en ellos. Gran parte de su ministerio tenía que ver con ellos; pues este era el motivo central de su ministerio. En ellos estaba la iglesia y el futuro del cristianismo. La iglesia que quiere continuar el ministerio de Cristo tiene que concentrar sus esfuerzos en su ministerio educativo, en preparar a los discípulos para continuar su ministerio. Este es una tarea del ministerio de la iglesia, como lo fuera para Jesús mismo. Es muy posible que los discípulos se quedaran más impresionados con las sobras que con la multiplicación de los panes. ¿Se puede imaginar cuántas veces tuvieron que contar las cestas de las sobras para convencerse de que todo esto había salido de los cinco panes? Y la conversación: ¿Cuántas dijiste? ¿Doce?, Sí, doce. Seis por ahí, y éstas cuarto, y las otras dos, son doce, ¿no? A ver, seis, más cuatro, y dos, sí son doce. Y así todos ellos; hayan sido doce, o veinticinco, o más discípulos. Todos atolondrados, asombrados, y pasmados, porque lo que vieron era increíble, pero ellos no podían ser incrédulos, lo habían visto, y habían participado.

Pero sabían que este “milagro” era una señal. Precisamente porque era señal el acto provocó fe y certeza. Lo que creían tenía contenido. El contenido era lo que ya sabían de las enseñanzas de Jesús y de lo que sabían del Antiguo Testamento. En términos de lo que habían aprendido del Antiguo Testamento ya podían identificar a Jesús: ya sabían precisamente quién era. Lo dijeron: “Éste

(Jesús) verdaderamente es *el profeta* que había de venir”. Sabían que un profeta había de venir (Deuteronomio 18:18 y reiterado en muchos otros textos) y ahora, por las señales, sabían que este profeta era Jesús. Sabían también que este Mesías (el que había de venir) era Jesús y que el Mesías ya estaba con ellos. También sabían que este “profeta” iba a ser el eterno Rey. Y si éste profeta era el eterno Rey, el Mesías, y que ya estaba con ellos (y lo sabían por la señal), entonces tenían que reconocerle como Rey.

Jesús sabía lo que los discípulos pensaban. Sabía que lo iban a reconocer como Rey. Pero, todavía no era su tiempo. Entonces, Jesús se retiró, solo.

Los discípulos entonces, sin Él, se fueron en un barco, de noche, para cruzar el mar de Galilea, hacia Capernaum. Hubo, entonces, una tormenta y vientos, pero Jesús se presentó con ellos. Y cuando se presentó, los discípulos se regocijaron y lo recibieron con gozo, porque ya sabían Quién era.

La gente de la multitud sabía que había salido solamente un barco y que Jesús no había entrado en este barco, pero los discípulos, sí. Entonces buscaban a Jesús. Otros barcos llegaron al lugar donde Jesús les había dado de comer a las 5000 gentes, *después de haber dado gracias al Señor*; subieron entonces a los barcos que llegaron y buscaban a Jesús en Capernaum.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 17 LA

OBRA DE DIOS

Lectura bíblica: Juan 6:16-59

Si hay, en un lugar, unos cinco mil varones (¿y unas cuantas mujeres?) que van anunciando que, por las señales que han visto, están convencidos de que Jesús es *el profeta* que “había de

venir”(v.14), o sea, el Mesías, esto es, el prometido rey; y si ninguno de estos cinco mil hombres expresaran la más mínima duda, sino que todos estuvieran cien por ciento de acuerdo en su afirmación, ¿Cuál sería la reacción de las quince o veinte mil (o más) personas que les habrían oído?

Jesús vio esta reacción, y sabía que esta multitud lo quería tomar a la fuerza y hacerle Rey. En aquel entonces, entre los judíos, no era cosa difícil el organizar una insurrección contra el yugo de Roma. Sobre todo porque los judíos tenían una larga tradición en cuanto al “hijo de David” que iba a restaurar su autonomía como pueblo, el pueblo de Dios. Jesús vio lo que pasaba y, entendiéndolo perfectamente bien, decidió ausentarse de la multitud. (Jesús tenía su calendario. Esto se lo había revelado a su madre —y a sus discípulos— diciendo “Aun no ha llegado mi hora” (Juan 2:3). Hemos de entender que ésta no era la hora, ni la manera, de entrar en su reino.

Los discípulos bajaron hasta la playa (del mar de Galilea) y, acostumbrados a los hábitos de Jesús, tomaron una barca, ya que algunos de ellos eran pescadores, para dirigirse a Capernaum a través del mar. Ellos sabían que no tenían que preocuparse por Jesús; Él sabría encontrarse con ellos. Ya era de noche y, aunque Jesús no estaba con ellos, salieron.

Habiendo salido, encontraron un mar muy levantado por fuertes vientos y se pusieron a remar. Remaron unos 25 ó 30 estadios (un estado es como 200 metros), entonces remaron un poco más de cinco kilómetros... De repente, vieron a Jesús caminando sobre el agua, acercándose a la barca. Los discípulos tuvieron miedo. Pero Jesús les dijo: “*soy yo, no tengan miedo*”. Los discípulos, una vez que sabían Quién era, lo recibieron con gusto y, luego luego, llegaron a donde iban.

Es interesante notar la yuxtaposición de estas dos fuertes experiencias emotivas de los discípulos.

(Excursus: Algunos comentaristas, entre ellos Hendricksen, piensan que los lectores de este evangelio, que vivían una generación después de que los otros evangelistas escribieron sus Evangelios, ya sabían esta historia y, por eso, Juan no da todos los datos, especialmente porque Juan hace énfasis en que los milagros de Jesús son señales. Es muy posible que tengan razón. Cf. Mat. 14: 22-33 y Marcos 6: 45-52.)

La gente que se había quedado cerca de Tiberias buscaba a Jesús en la mañana. Eran muchas personas; pero no lo encontraron. Quedaron perplejos porque sabían que los discípulos habían salidos solos. Llegaron otras barcas de Tiberias y con estas barcas fueron a Capernaum, buscando a Jesús, y allí lo encontraron.

Más fascinados que nunca con Jesús, le preguntaron: ¿cuándo llegaste aquí? Jesús, que todo sabe, y a todos conoce, les responde. La respuesta es otro de los “discursos de Jesús”. A veces pensamos (cuando no pensamos) solamente en dos discursos de Jesús: El “Sermón del Monte” y su “Discurso de Despedida”, y muchas veces, ni aún en este último. La verdad es, sin embargo, hay muchos discursos, o sermones, de Jesús, y todos ellos merecen un estudio. Ahora, vamos a estudiar brevemente este discurso sobre el “pan de la vida” (Juan 6:25-59), aunque en verdad merece un estudio más largo y más profundo. Quizá un día lo podamos hacer.

La introducción de Jesús no sigue el patrón de la oratoria popular, que siempre busca agrandar a la gente, captar su atención y complacerla. Jesús casi les regaña. Les dice a ellos que no le buscan “porque han visto las señales”, sino porque les gustó el pan, y porque se quedaron satisfechos. Y, no cabe

duda, el quedarse satisfecho es una sensación muy placentera. Pues no solamente se sentían llenos, sino porque habían quedado muchas sobras para el otro día. Eran como la novia que acepta el anillo de compromiso, no por lo que significa, sino por el valor del oro en el, o por el precio del diamante. Buscaban a Jesús no para comprometerse con Él, sino por sus propios placeres gástricos. Vieron los “milagros” y se quedaron impresionados con ellos, pero no los percibieron como señales. Podían apreciar su poder y sus beneficios, pero no se ligaban con su misión. Querían ciertos beneficios del reino de Dios, pero no buscaban el Reino de Dios. Pensaban en el reino donde se comía bien, pero no reconocieron al Mesías.

Sus esfuerzos, dice Jesús, están mal enfocados. Tienen que trabajar por la mejor alimentación (aquí se emplea una palabra diferente de la palabra “pan”). Ustedes trabajan por una comida que se echa a perder, pero lo que necesitan es una alimentación que dure para la vida eterna. Esta alimentación es la que *da* el “Hijo del Hombre”. Él la da, no es un producto del trabajo. Ellos, seguramente, sabían que la frase “Hijo del Hombre” era un término mesiánico. Deben de haber sabido que lo que vieron eran señales, y que ellas apuntaban hacia el Mesías.

Con estas palabras se despertaron. La gente, ahora preguntaba acerca de la obra de Dios. Ya saben, entonces, que el reino de Dios es más que la abundancia de pan. Más bien tiene que ver con el Mesías, de quien los milagros son señales. Ellos buscaban un rey, pero las señales señalaban al Mesías.

La gente le preguntó a Jesús, y su pregunta muestra mucha confusión, pero también un cierto entendimiento. Ellos preguntaron. ¿Qué debemos hacer (nosotros) para poner en práctica las obras de Dios?

Quizá entendieran mal la referencia de Jesús a “trabajar”, y no captaron el énfasis que hizo sobre el “dar”, y por eso acentuaron lo que ellos podían hacer. La pregunta es muy natural, todos pensamos en los esfuerzos humanos y en lo que debemos hacer. Seguramente los oyentes no captaron el punto de Jesús de que la vida es un regalo. Ellos buscaban, como el hombre natural siempre busca, una salvación como resultado de sus propios esfuerzos (o astucia). Siempre esperaban las bendiciones como premio, y el favor, como una recompensa.

Ellos buscaban las “obras de Dios”, para ponerlas a funcionar. ¿Cómo podemos poner en práctica las obras de Dios, o sea,

cómo podemos ponerlas a funcionar para nuestro beneficio? Interpretando los milagros de Jesús como “obras de Dios” (no totalmente equivocado), querían saber lo que tenían que hacer para que estos prodigios se siguieran dando.

Jesús cambia un poco una palabra, y con eso cambia por completo el sentido. En cambio de “obras” (plural) habla de la “obra” (singular) de Dios. La obra de Dios es darles fe. Esta obra les hace ver y poder percibir e identificar a Aquél que Él ha enviado. La obra de Dios es que crean en Él. El tener fe, el creer en el que Dios ha enviado es obra de Dios mismo.

La gente ahora emplea la idea de señal, no tanto en el sentido del Evangelio de Juan, como en el sentido más general de los judíos. A pesar de haber estado percibiendo “señales”, sin saberlo, ahora piden una señal. Piden a Jesús una señal para que crean en Él. “¿Qué señal, pues, haces tú para que veamos y te creamos?” (Pablo, en I Cor. 1:22, hace referencia a esta costumbre judaica.) Ellos se interpretaron a sí mismos y repitieron la pregunta ahora con otra palabra, dijeron ¿Qué *obra* haces? Buscaban prueba; pusieron a prueba las palabras de Jesús, indicando con la petición que no habían percibido las señales como tales. Ellos, entonces, pedían señales, cuando eran totalmente incapaces de percibirlas.

Pero tenían pistas. Sabían que el maná en el desierto era una señal (Éxodo 16:1-15). Tenemos que entender esta conversación de la multitud con Jesús, a la luz de la expectativa judaica de que, cuando el Mesías llegara, Él iba a reiniciar la milagrosa providencia del maná. Hay muchos pasajes en el Antiguo Testamento que hace referencia al “pan del cielo”, el maná, en función de mostrar el poder y la fidelidad de Dios. Muchos de estos pasajes aluden a la fidelidad de Dios como una seguridad de la venida del Mesías. Por eso, en la fe popular de muchos judíos, entonces, asociaba la venida del Mesías con una renovación de la provisión de pan, en el sentido tan literal como la verdadera provisión del maná durante el peregrinaje en el desierto. Jesús aquí hace una distinción entre el “pan que perece” y el “pan que permanece”. Jesús, como Él mismo va explicar, es el Mesías, es decir, el “pan de vida”. En este sentido la venida del Mesías es la renovación del milagro del maná.

El milagro de la multiplicación de los panes que les llenaba (y posiblemente comían todavía de los restos), junto con las frases de Jesús, especialmente el uso del título “Hijo del Hombre”, le dio a la multitud la sospecha de que Jesús era el Mesías. La multitud ya quería pruebas, y pidió a Jesús que hiciera

permanente el milagro. Pues le convenía tener una provisión permanente de pan.

Jesús responde a la expectación de la multitud. Hace énfasis sobre una verdad obvia y muy importante: no fue Moisés quién dio el pan a Israel, sino fue “Mi Padre”. Luego juega con el término “pan del cielo” y el “verdadero pan del cielo” (v.32). Dios, su Padre da el “pan del cielo” y el “verdadero pan del cielo”.

Ya es obvio: la siguiente lección tiene que ser una continuación de esta.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 18 EL PAN DEL CIELO

Lectura bíblica: Juan 6: 32-71

Terminamos la lección pasada diciendo que era obvio que esta lección había de ser una continuación de la anterior. Pues, así es. Seguimos de donde dejamos el estudio en la lección pasada.

Estábamos en la parte donde Jesús llama la atención sobre la frase “el pan del cielo”.

Además, se hace una distinción entre “pan de cielo” y el “verdadero pan del cielo”. No es que realmente haya una distinción sino que los judíos llamaban, con cierta razón, al maná el pan de cielo. Asimismo decían que Moisés les había dado el “pan del cielo”, es decir, el maná. Pues, la verdad es que el maná no era precisamente el “pan del cielo”; el verdadero “pan del cielo” llegaría más tarde. Y, lo que es más, Moisés no les dio este pan, sino el Padre se los había dado (Salmos 78:24). El verdadero “pan de Dios” (notemos el cambio en la frase) es *aquel* que descendió del cielo, que es *aquel* que da vida al mundo. Luego, hay otro cambio en la frase, el pan del cielo, que es el pan de Dios, es, también, el pan de vida.

La multitud se interesa. Ahora tiene curiosidad. Ya no piensan solamente en los panes de harina. Le dicen a Jesús: danos siempre este pan. No podemos pensar que entendían por completo lo que Jesús les ofrecía, pero les causó curiosidad.

La multitud seguramente notó que ahora Jesús hablaba de un “aquel”. “El “pan de Dios” es “aquel”. “Aquel” no es lo mismo que “aquello”. El “pan de Dios” es una persona. Y, además, es una persona que *descendió* de los cielos; luego hace referencia a su encarnación. No cayó de los cielos, como si fuese nieve, como comúnmente los judíos pensaban que ocurrió con el maná, sino que se encarnó como persona, y ocupó su lugar como ser humano.

“Aquel” que descendió es Él que da vida. Vida aquí quiere decir más que un suministro constante de pan. Dios, le dio a su pueblo algo de comer todos los días, pero la vida que

da “aquel” es mucho más que provisiones alimentarias. Es vida.

La multitud no pensaba en vida; pensaba en comida. No entendían que la vida es más que una constante provisión de comida. Lo que pidieron era un inagotable abastecimiento de pan. Por eso, después de la introducción que ya les había dado, Jesús sigue con su sermón sobre el pan de la vida.

Ya hemos notado, varias veces, que uno de los puntos predominantes en la enseñanza de Jesús es la revelación de su propia persona. Su identidad tiene que ser conocida, pues es la clave esencial del evangelio. Jesús ha empleado varias técnicas para revelar los abundantes aspectos de su persona. Emplea metáforas frecuentemente para ilustrar quién era. Dice: “Yo soy...”; Yo soy la luz; Yo soy el buen pastor; Yo soy la puerta; Yo soy la resurrección; Yo soy el camino; Yo soy la vida..., y ahora, Yo soy el pan de la vida.

Él es el pan que satisface. Lo dice al estilo de la poesía del Antiguo Testamento, con paralelismo:

El que a mí viene nunca tendrá hambre El que en mí cree no tendrá sed jamás “Venir a Cristo” es sinónimo de “creer en Cristo”; el que viene a Cristo es el que cree en Cristo. “No tener hambre” y “no tener sed” son dos expresiones que se complementan para expresar la experiencia de satisfacción.

Jesús dice esto para que puedan ver las señales. Es importante recordar que el mismo Jesús dijo, en el versículo 26, que no vieron las “señales”, solamente comieron el pan y luego volvieron a tener deseos de más pan. Seguían a Jesús por el pan. Pero, si hubieran comido

el “pan de la vida” (el pan de Dios, el [verdadero] pan del cielo]) quedarían satisfechos y nunca más tendrían hambre, ni sed. Es como si Jesús dijera que al tener el pan de vida, perderían su apetito. Conocer a Jesús como el pan excluye para siempre la posibilidad de un hambre o sed insatisfechos.

Pero lo que buscaban era a alguien que perpetuamente satisficiera su apetito. Vieron a Jesús (como un proveedor de pan) pero no creyeron (que Él era el pan de vida). Lo vieron pero no lo reconocieron. Les dio la señal, pero no la percibieron como la señal. No percibieron que Él era el verdadero pan, la provisión para la vida. Si hubieran visto la señal, habrían sabido que Él es el pan que da vida.

El “venir” a Cristo, que es resultado eficaz de la Palabra, es obra del Espíritu Santo. El Hijo da una afable y calurosa bienvenida a todos los que vienen. No rechaza a nadie, y a nadie rechazará, porque todos los que vienen le son dados por el Padre. Nadie jamás, que venga a Cristo, debe dudar si será aceptado, o no, pues ninguno de los que vengan será rechazado.

Yo he descendido del cielo, dice Jesús (es decir: yo me he encarnado) porque me ha enviado el Padre, y vengo a hacer la voluntad del que me envió, y no para hacer mi propia voluntad. Con estas palabras, Jesús se revela como el verdadero enviado, el encargado con una misión, el comisionado para un ministerio, el que había de venir, o sea, el Mesías.

Después de revelarse en cuanto a su verdadera naturaleza y misión, revela la voluntad de su Padre (v.39). Es el Padre que le envió, él le dio su comisión y su encargo. Este encargo era de no perder nada de lo que el Padre le había dado, sino que a todos los que le había dado los resucite en el día postrero, o sea, el día de juicio. Tenemos que entender el día postrero o juicio en el sentido positivo: es el día en que todos los que habrán venido a Cristo serán absueltos de toda culpabilidad. Serán pronunciados justos y vivos, y resucitados vivirán para siempre.

Jesús (en v.40) repite la fórmula: esta es la voluntad del que me envió. La repetición es una manera para llamar la atención sobre un punto; es una técnica pedagógica. Repite el contenido también, pero en otra forma. Dice que la voluntad de su Padre es que todo aquel que ve al Hijo,

“Todo lo que” (v.37) es neutro, que lo hace en una generalización muy extensiva, pero sin duda se refiere a personas. Las palabras acentúan la soberanía de Dios. Las personas no “vienen” a Cristo porque les parezca una buena idea; los que “vienen” es necesario que el Padre se los dé a Él. Para el hombre natural nunca es una buena idea “venir” a Cristo. Es decir, el Padre se los dio al Hijo, por eso vinieron a Él. El “venir” a Cristo es un acto del Padre, de dar, “al que viene”, a Cristo. Antes de que los hombres puedan “venir” a Cristo, es necesario que el Padre se los dé a Él. Es decir, el “venir” a Cristo es una consecuencia del acto del Padre de dar “al que viene” a Cristo. Por eso, el que viene a mí, dice a Cristo, no lo echaré fuera, sino lo recibiré como alguien dado por el Padre, porque todos los creyente son dados a Cristo. es decir, que percibe quién realmente es, y cree en Él tenga vida eterna, y también es su voluntad que yo (el Hijo) le resucite en el día postrero.

Esta es la primera parte del sermón de Jesús sobre el PAN DE LA VIDA, el primer párrafo. Seguiremos estudiando este discurso, cuando Jesús repite la afirmación central: YO SOY EL PAN QUE DESCIENDE DEL CIELO.



Fundación
Gerald Nyenhuis

www.geraldnyenhuis.org

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Dr. Gerald Nyenhuis H.

Estudio No. 19 EL PAN DE VIDA

Lectura bíblica: Juan 6:41-59

Después de que Jesús dio la introducción a su discurso (que podemos llamar un “sermón”) sobre el tema de EL PAN DE LA VIDA, la gente empezó a entenderlo. Los judíos, de

quienes podemos pensar que eran la mayoría de sus oyentes, entablaban cierta conversación entre sí. No era muy fuerte, más bien “chismeaban”, pero el comentario pasaba de uno a otro, hasta que todos, o casi todos, murmuraban. Repetían el mismo sonido, como en mur-mur..., pero todos lo estaba repitiendo. Todos decían que éste Jesús había dicho: *Yo soy el pan que descendió del cielo.*

También decían que lo conocían. Este Jesús, decían, es el hijo de José (como ellos equivocadamente pensaban). A su padre y a su madre los conocemos (tenemos que recordar que estaban en Capernaum, en Galilea). Por muchos años él ha vivido como nosotros, decían, y ahora, desde hace poco tiempo, viene con esto; por eso, razonaban ellos, no puede decir que ha descendido del cielo.

Los reclamos altaneros son desmentidos por su humilde trasfondo, según ellos. Cuando Jesús dijo que el pan que habían comido al otro lado del mar no era el pan verdadero, sino que el pan que viene del cielo es el verdadero, ellos pensaban en el maná, que siempre fue llamado el “pan del cielo”. Ahora dice Jesús que ni este pan era el verdadero pan. Sino que el verdadero pan que descendió del cielo es Él mismo. El verdadero pan no se hace de granos molidos, tampoco se recoge todas las mañanas en el desierto, sino que el verdadero pan que ha descendido del cielo es Él. Pero, pensaban, ¿cómo puede decir que “descendió del cielo” cuando todos nosotros le conocemos desde su niñez, y conocemos a sus padres, sus tías, y hasta a sus compañeros de la niñez? Por supuesto, es muy romántico decir que los niños vienen del cielo, pero nosotros sabemos de estas cosas y sabemos por qué llegan los niños.

Sin embargo, no podían negar la señal, aunque no la percibían como señal. Había una multiplicación de panes, y la

multiplicación tenía que ver con el hecho de que Jesús había orado. Un hombre que tiene tanto contacto con Dios que por la oración pueda multiplicar el pan como 5000% es un hombre a quien hay que tratar con respecto y reverencia, hasta merece ser rey, y nos conviene tenerlo de nuestro lado, pero cuando él dice que él mismo es pan, y es el pan descendido del cielo, nos causa sospecha.

Por eso, preguntaron: ¿Cómo, pues, dice éste, “Del cielo he descendido”?

Jesús les dice que dejen de murmurar, pues murmurar no es la manera de saber la verdad. Entonces Jesús repite lo que había dicho en el versículo 37, solamente un poco más fuerte, ya que tiene que ver con la iniciativa divina en la salvación; con ser un ciudadano en el Reino de Dios. Jesús dice que nadie puede venir a Él por su propia voluntad, es decir, *si mi padre no le trae*, nunca, nadie, va a querer venir a mí. (Esta idea es central en este pasaje; la veremos de nuevo en el v. 65). La doctrina de la iniciativa divina, de la gracia soberana, es uno de los más importantes temas del evangelio.

La enseñanza de Jesús se basa en las Escrituras, por eso, cita a los profetas. Sin el mensaje de las Escrituras no hay evangelio; es Dios quien inicia la evangelización con las Escrituras. Jesús le muestra a la gente que no contradice las Escrituras. En aquel entonces “las Escrituras” se refería al Antiguo Testamento, ya que no existía todavía el Nuevo Testamento. La referencia a los profetas es una comunicación de la revelación de Dios, la básica y última fuente de autoridad de Jesús (y de todo creyente).

La profecía que cita es de Isaías, capítulo 54, versículo 13: “y todos tus hijos serán enseñados por Jehová...” La enseñanza de Dios llega al hombre por su revelación; Dios nos enseña lo que

tenemos que creer, con referencia también a lo que tenemos que hacer, pero el énfasis está sobre lo que tenemos que saber para creer, y para vivir por la voluntad de Dios. Es decir, todo el que oye al Padre, o sea, el que pone atención a sus palabras, a su Palabra, viene a mí, dice Jesús.

Jesús había expresado este pensamiento en otro lugar (5:39), donde pone énfasis en la Palabra de Dios que da vida, y todas las Escrituras dan testimonio de Cristo. Las Escrituras son el medio, empleado por el Padre, para llevar las gentes a Cristo, el Pan de la vida. El hecho de *traer* las gentes a Cristo no es una operación mecánica y externa, impersonal y caprichosa de parte del Padre, sino, es por oír la enseñanza de Dios en las Escrituras. Podríamos decir que lo básico en la evangelización sería enseñar una *Cristología del Antiguo Testamento* porque este es el método del Padre para llevar a la gente a Cristo, y los que llegan no serán rechazados (v.37).

(Todo eso debe instruirnos en las tácticas de la evangelización. La enseñanza de la Palabra debe ser el centro de nuestra metodología. Tenemos la tendencia de mostrar amistad o solidaridad, realizar un servicio social, abogar por cambios políticos, luchar contra la injusticia, aliviar la pobreza, proveer entretenimiento, etc., etc., o aún usar las “cuatro leyes”, en lugar de la enseñanza de Dios. Todos esas “tácticas” pueden ser útiles, usadas con precaución, para encontrar oportunidades para enseñar la Palabra. Pero no se puede “traer” la gente a Cristo sin la Palabra de Dios. Toda nuestra evangelización ha de ser logocéntrica.)

Dios nos enseña por medio de los profetas. Los verdaderos profetas, los profetas auténticos, pueden decir: “Así ha dicho Jehová”. Pero, nadie ha visto a Dios; el único que ha visto a Dios es el que vino de Dios. *Éste ha visto a Dios*. Jesús se refiere a sí Mismo. Por eso, ha dicho tantas veces que Él es “el que ha descendido del cielo”.

En este contexto Jesús dice “de cierto, de cierto (en griego es “amén, amen”) os digo. Esto equivale a decir: “Escúchenme bien, les voy a decir algo de suma importancia. Además, es algo que no se puede dudar, se los digo como la verdadera verdad”. (La redundancia es adrede.) Usar esta frase es llamar la atención y exigir concentración. Los que oyen tienen que escuchar diligentemente las palabras y esforzarse para retener en su mente, precisamente como sean dichas. Es un anuncio que nadie nunca debe olvidar. Las palabras son: *El que cree en mí tiene vida eterna. YO SOY EL PAN DE LA VIDA.*

El tema de la vida eterna ha funcionado como el hilo conductor en todo este discurso. Desde el inicio de este discurso (en v. 27), la idea de la vida eterna, es como un hilo entretejido en la trama

del discurso. Jesús había sugerido antes que el maná, que fue llamado, con toda justicia “pan del cielo” no era el verdadero “pan del cielo”, más bien Él Mismo, que había descendido del cielo, era el verdadero “pan del cielo” (vv.32,33).

Ahora, en este discurso, explica por qué el maná no era el verdadero “pan del cielo”. La explicación es muy sencilla: “Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron.” Nadie podía refutar este argumento. Este maná, que había sido una gran bendición de Dios, sostuvo sus vidas por un tiempo, pero no pudo darles la vida, ni permitir que entraran en la tierra prometida.

El Pan de Vida, que es el pan que descendió del cielo, si alguno lo come, éste no muere. Repite, en palabras un poco diferentes, la misma afirmación: “Yo soy el pan de vida que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá, *para siempre*. Y, el pan que yo daré es mi carne”. Además dice: “Es carne, yo la daré por la vida del mundo”.

Los que le oyeron no podían entender. Preguntaron: ¿Cómo puede ser esto? “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”

Nosotros también queremos saber cómo puede ser esto posible. Sin embargo, tenemos que esperar hasta la siguiente lección.